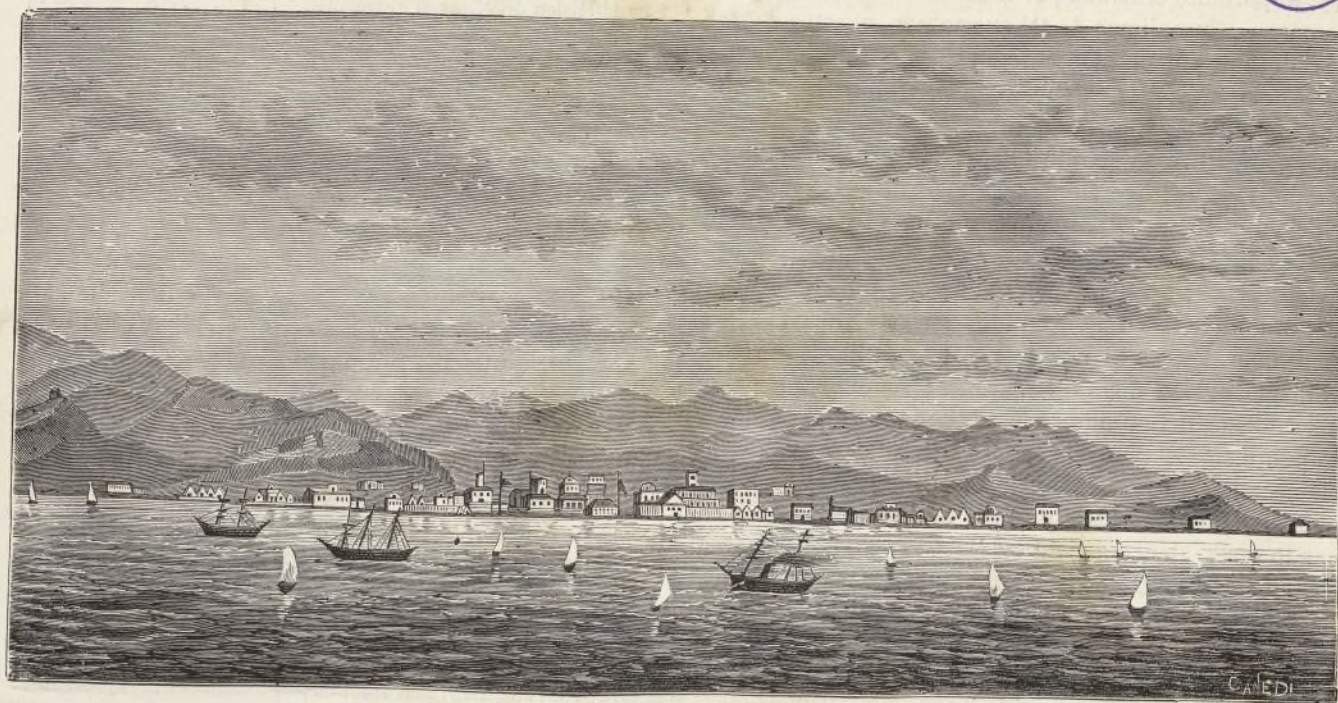


# Las Misiones católicas

REVISTA QUINGENAL ILUSTRADA DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.



SIRIA.—Vista de Alejandreta, según dibujo del P. Gros. (Pág. 2).

Creemos deber estimular el celo y la caridad de los cristianos á fin de que con oraciones ó con limosnas procuren auxiliar la obra de las sagradas Misiones y promover la propagacion de la fe.

...A nadie, sin duda, le debe ser difícil la oblacion de la pequeña moneda que para el fin se requiere, toda vez que muchas reunidas pueden prestar grandes auxilios.

...Alimentamos la confianza cierta de que cuantos se glorian del nombre de católicos no dejarán de hacer esta obra de caridad por Nós tan querida, ni permitirán que las solicitudes para dilatar el reino de Jesucristo queden vencidas por la diligencia é industria de los que procuran con afan difundir el dominio del príncipe de las tinieblas.

(Carta encíclica de LEON XIII, del 3 de Diciembre de 1880).

**N**o menos que desapercibidos pasan, para la generalidad de los católicos, los trabajos y penalidades que en remotos países, de insalubre clima y poblados en su mayor parte por salvajes, están sufriendo los que llevados de santo celo por la gloria de Dios publican en aquellas regiones su excelencia, instruyendo en las verdades católicas á los indígenas, y llevándoles con ellas las primicias de la civilización, compañera inseparable de la enseñanza católica. De tiempo en tiempo nos enteramos con placer de la creciente importancia que van alcanzando los apóstoles de la fe en aquellas comarcas sumidas en la ignorancia: de tiempo en tiempo la venida de alguno de los prela-

dos puestos al frente de la mision de aquellos países nos recuerda que á gran distancia de nosotros existen hermanos nuestros á quienes debe instruirse en las verdades salvadoras de la fe, en que nosotros por gran dicha hemos nacido; y de tiempo en tiempo tambien algun quejido de angustia escapado del pecho de aquellos mártires de la caridad nos avisa que muchos de nuestros semejantes están sufriendo, ya á consecuencia del hambre, ya de la peste, ó ya de la persecucion que contra los fieles desatan los sectarios de falsas doctrinas. Y nosotros, apáticos cuando se trata de todo lo que no se desarrolla ante nuestra vista, no cuidamos de auxiliar los sublimes esfuerzos de los que predicán la doctrina católica en tan remotas é inhospitalarias regiones.

Contrista el ánimo la relacion de los padecimientos de los misioneros y de los neófitos, y sorprende la infatigable asiduidad y celo con que los apóstoles de nuestra santa fe atienden, no sólo á la salud espiritual de la numerosa grey que les está confiada, si que tambien el afan con que procuran la satisfaccion de sus necesidades materiales, facilitándoles recursos y dándoles nociones de que puedan aprovecharse para ser útiles á sí mismos y á sus semejantes.

En aquellas regiones, de extension vastísima y en su mayor parte despobladas, falta todo, como no sean los frutos de la naturaleza y los animales selváticos, de cuya caza puedan sustentarse los que en ellas habitan. Los misioneros encuéntranse en muchas comarcas persegui-



dos, así como en otras respetados; pero en unas y otras deben proveer á todo, deben resolverlo todo, deben idearlo todo y realizarlo todo. Y cuando á fuerza de trabajos y desvelos han conseguido alguna ventaja importante, nosotros al saberla sentimos viva alegría, cual si hubiéramos en algo ayudado á tal resultado, siendo así que tal vez ni un recuerdo tan sólo habíamos dedicado á aquellos atletas del Catolicismo hasta el día en que llegara á nuestra noticia el incremento notable ó la ventaja importante obtenida por los misioneros de tal ó cual comarca. ¿Cumplimos de tal suerte con nuestro deber?

Entremos por un momento en nuestro interior, y oíremos claramente la extension de las obligaciones que nos impone la cualidad de católicos. Ya que no podamos compartir con los misioneros sus trabajos de apostolado, toda vez que ello sea vocacion de Dios, podemos y debemos tomar la parte que nos corresponde en tan santa obra. Nuestras oraciones, nuestras limosnas, deben dedicarse á este objeto, no menos que á los otros tan importantes en que emplea su celo nuestra santa comunión. Leon XIII nos está dando continuado ejemplo, que debiéramos procurar fuese seguido por todos los católicos del mundo. A pesar de la penuria del tesoro pontificio, le vemos atender con ardiente solicitud á las necesidades de las Misiones, dispensándolas con largueza cuantos recursos puede á ellas destinar, sacrificando otras atenciones de su elevado cargo de no tan capital importancia como la que tiene la predicacion de la doctrina católica en las comarcas habitadas por infieles.

Pensemos, pues, con seriedad lo que la Iglesia tiene derecho á esperar de nosotros á este objeto, y obremos en consecuencia.

## BALANCE ANUAL.

**D**AMOS á continuacion un resumen de las limosnas que hemos recaudado durante el año 1881 en favor de las Misiones católicas. Comparando la suma actual con la de 1880 nótese una disminucion de 682 pesetas, y no obstante, aunque parezca contradictorio, los donativos han sido el año pasado mucho más numerosos que en el anterior. En efecto, un donativo de más de 7,000 pesetas procedente de una testamentaria hizo subir considerablemente la cifra total de 1880, y con ella queda casi equilibrada la de 1881 con cantidades mucho más reducidas. Abrigamos la esperanza de que no serán menores los resultados obtenidos en el presente año, y de que por el contrario el nuevo balance nos permitirá señalar un considerable aumento de celo y de desinterés por parte de nuestros amigos en armonía con las necesidades cada vez mayores y más apremiantes de las Misiones católicas.

	PESETAS.
Para la <i>Obra de la propagacion de la fe</i> . . . . .	4,299'37
Para la <i>Obra de la Santa Infancia</i> (Misiones españolas de la China y del Tong-king). . . . .	2,231'05
Para la Mision de Mindanao (Filipinas). . . . .	15
Para la Mision de Tierra-Santa. . . . .	202
Para el Patriarcado católico de Siria. . . . .	7
Para la Mision del Libano. . . . .	10
Para la leprosería de Molokai (Sandwich). . . . .	185
<i>Suma y Sigue.</i> . . . .	6,949'42

<i>Suma anterior.</i> . . . .	Ptas. 6,949'42
Para la Mision de Corea. . . . .	15
Para los sacerdotes polacos desterrados á Siberia. . . . .	26'75
Para la Mision del Kordofan. . . . .	85
Para la Mision más necesitada de la China. . . . .	11
Para la Mision de Vicravandhy (Pondichery). . . . .	152
Para las víctimas del hambre en Mesopotamia. . . . .	52
Para las víctimas del hambre en Persia. . . . .	1,315'50
Para las víctimas del hambre en Pondichery. . . . .	89
Para las víctimas del hambre en Chan-si. . . . .	92'50
Para la Mision de Marruecos. . . . .	10
Para la <i>Obra de las Escuelas de Oriente</i> . . . . .	413'37
Para la Mision del Kiang-si meridional. . . . .	72'14
Para la Mision del Tong-king occidental. . . . .	141
Para las Misiones más necesitadas. . . . .	2,917'32
<i>Total.</i> . . . .	12,342

## SIRIA Y MESOPOTAMIA.

*Relacion del Rdo. P. José de Santa Elena, misionero capuchino.*

DE BEYRUTH Á MARDIN.

**M**E apresuro á hablaros de mi viaje. A cada noticia que iba apuntando recordaba á nuestros bienhechores, durante nuestra larga peregrinacion. Digo nuestra peregrinacion, porque la divina Providencia me dió por compañero y guía á un Padre siciliano que me ha sido de la mayor utilidad, especialmente por su conocimiento del árabe, el idioma dominante en los países que atravesamos: Siria, Palestina, Mesopotamia.

Habiendo partido de Beyruth el 26 de Abril, llegamos á Alejandreta el 28, sin otro accidente que un poco de mareo. Desde Beyruth hasta Alepo vino con nosotros el prefecto apostólico de nuestra Mision capuchina de Siria. Nada es más imperioso que la sed durante el viaje, y casi llega á beberse de toda agua que se encuentra, buena ó mala, de suerte que puede uno decir con el autor de cierto *Viaje en Oriente*: «Lo he gustado todo.» Figuraos una especie de receptáculos de agua rojiza y lodosa, tales como se los encuentra en nuestros campos y caminos despues de una lluvia torrencial. Todos los seres, animados é inanimados, racionales é irracionales, se dan cita en ellos, sin contar que más de un musulman debió hacer allí sus abluciones. En estos receptáculos ó cisternas, cavados en la roca á fin de recoger y conservar las aguas pluviales, es preciso resignarse á matar la sed: entonces una ánfora es de utilidad suma, pues además de que conserva más fresco el líquido, le da tiempo de desprenderse de los cuerpos extraños más sensibles.

Pero volvamos á Alejandreta. Su puerto es el único por el que puede comunicarse con la alta Siria y la Mesopotamia. Como estacion comercial este puerto de mar es importantísimo, pero como ciudad es por demás modesta, y aún dudo que merezca tal nombre un centenar de casas negruzcas, bajas y careciendo absolutamente de ese carácter particular que distingue las ciudades orientales. No obstante, la llanura y los montes vecinos ofrecen agradable golpe de vista, y tienen fama de ser fertilísimos; mas la insalubridad del aire es el mayor obstáculo al progreso material de esta pequeña ciudad. Ante semejante enemigo, como es notorio, el misionero católico no acostumbra retroceder. Algunos Padres carmelitas, más de una vez víctimas de su abnegacion, sirven



la única capilla de la comarca. Su reducida Comunidad es un verdadero perfume de edificación y de sencillez monásticas. Nunca olvidaré la cordial y religiosa hospitalidad que nos dispensó durante los tres días que tuvimos que permanecer en Alejandreta para disponer la caravana.

En defecto de recuerdos bíblicos encuéntrase en esta ciudad un curioso, pero muy triste monumento. No lejos de la playa y á lo largo de un camino que conduce á la llanura se nos hizo advertir en una prolongada hilera de enormes máquinas hidráulicas, que están allí años há, sin que nadie se atreva á tocarlas. Dos hermanos judíos de Antioquía eran poseedores de una fuerte suma. A fin de hacerse único dueño de ella, mató uno á su hermano, y luego, con la ambición quizá de llegar á ser un cuarto Rothschild, proyectó establecer en Antioquía una gran fábrica de hilados, con cuyo intento hizo un pedido á Londres. Las máquinas llegaron fácilmente hasta Alejandreta, pero siendo excesivamente pesadas, fué imposible transportarlas por tierra hasta Antioquía. El fruto del fratricidio quedó, pues, allá cerca de la playa, como testimonio de un gran castigo.

Nuestro verdadero viaje empieza á nuestra salida de Alejandreta el 1.º de Mayo. Subir montes á caballo por senderos casi intransitables; hundirse en la llanura en lodazales, ó atravesar, no sin peligro, ríos de aguas cenagosas; acostarse comunmente á la intemperie, en campo raso, y aguantar durante el día los abrasadores rayos del sol, tales son los principales recreos del camino. Entonces comprendí que empezaba á ser un poco misionero. Debo confesar, sin embargo, que antes del viaje la cosa no me pareció tan llevadera. Ese país tan lejano, esas montañas, esos precipicios, esos kurdos, esos árabes, la aprensión de montar á caballo con mi inexperiencia de la equitación, todo me entristecía. Cierta que en las islas Seychelles, en el peligroso mar de las Indias, corrí mas de un riesgo; que he visto sin emoción los más grandes furores del Oceano, y que cien veces he atravesado abismos en una frágil piragua de pocos pies de longitud; pero en presencia de la tierra y de una cabalgadura figurábaseme habérmelas con un nuevo mundo. Y hé aquí que una vez á caballo y en marcha desaparecen todos mis temores como por encanto, le voy tomando gusto al oficio, y el viaje, aparte dos ó tres accidentes sin consecuencias desagradables, se efectúa con admirable felicidad. Evidentemente vino Dios en mi auxilio.

Al salir de Alejandreta síguese de pronto un camino bastante recto y bueno; pero en breve preséntanse las pendientes escarpadas de la primera cadena del Tauro. Es preciso entonces pasar por el desfiladero de Beylan, angosto, rápido, entrecortado de precipicios, gargantas y profundidades vertiginosas. «¡Bueno! me dije; héme aquí en el caso de rezar mi *Requiem* por las almas del purgatorio;» y con perfecta constancia, montado en un buen caballo árabe, vencí todos los peligros. Habiendo llegado por la tarde á la base opuesta del Tauro, tomamos nuestra primera comida en una especie de granja-caballeriza. Al día siguiente muy de mañana volvimos á montar á caballo, y luego apareció á nuestros ojos el magnífico, sin rival y extenso valle de Antioquía, con su lago dentelado y sus inmensas praderas, en donde

pacen juntos innumerables rebaños de carneros, cabras, bueyes, búfalos y cigüeñas. Para cruzarlo se requieren cinco ó seis horas por lo menos. En él encontramos un trozo bastante considerable de un antiguo camino empedrado, que según se dice es obra de los cruzados. Por lo demás, los diferentes países por los que hemos pasado están llenos de grandes recuerdos de la Religión y de la historia. Hoy me falta tiempo para daros cuenta de ellos de una manera suficientemente auténtica é interesante, y lo difiero para otro día, á fin de dar á mis escritos un ligero tinte de erudición.

Después de dejar la vasta llanura de Antioquía y de perder de vista el Tauro, nuestro viaje toma un aspecto que será casi siempre igual hasta el paso del Eufrates. Sólo hay cuevas y pendientes entre valles más ó menos angostos, al través de las colinas ó por el suave declive de montes poco encumbrados. Montes, valles y colinas aparecen en la primavera cubiertos de verdor y esmaltados de flores. El espectáculo sería encantador si no revistiese cierta monotonía. Desde Alejandreta á Mardin y aún más lejos no se ve ni uno solo de esos bosques de árboles corpulentos que tanto hacen resaltar la imponente majestad de las montañas de Europa. Los árboles son allí tan raros que podríanse contar los que encontramos en nuestro camino.

Una jornada antes de llegar á Alepo las montañas se encumbran cada vez más y conviértense en peñascosas y estériles, los caminos son pedregosos y más difíciles, el aspecto general de la naturaleza ofrece un carácter de severidad enteramente particular, que parece invita á las almas al recogimiento. Vamos á pisar un rincón de tierra santificado en otro tiempo por las virtudes de un hombre cuya austeridad es sin ejemplo y cuyos prodigios fueron sin número. Sobre la meseta de la última montaña que domina á Alepo divisamos á cierta distancia y por todos los alrededores ruinas semejantes á las de los pueblos destruidos por el incendio.

—Hé aquí, nos dicen, el país que habitó Simeón el Estilita y sus solitarios.

En presencia de estos lugares que publican lo sobrenatural, ofreciendo evidentemente su realidad; sobre esta tierra del milagro, no puedo contener el himno de la gratitud hácia la omnipotencia de Dios, y mi compañero y yo cantamos el *Te Deum* y el *Ave, maris Stella*, en medio de nuestros turcos y árabes asombrados. Nos dicen que existe todavía la base de la famosa columna, pero no hemos podido verla. Prosiguiendo la caravana su camino, no hay más remedio que seguirla, pues separarse de ella es una imprudencia que puede costar la vida. En efecto, todas estas comarcas, lo mismo que la Mesopotamia, están infestadas de kurdos y de circasianos que sólo viven de la rapiña y que no retroceden ante cualquier crimen.

A las diez de la mañana estamos á las puertas de Alepo, en donde entramos escoltados por los principales señores de la ciudad á caballo. Alepo no es muy agradable, y confieso que esperaba algo mejor. Tuvimos que permanecer allí quince días para entendernos con un *Caturgi* ó conductor de caravanas, lo que no es siempre cosa fácil.

Salimos de Alepo el 18 de Mayo, y el 21 llegamos á orillas del Eufrates. ¡Qué río! ¡Cuánto siento en este



momento no ser pintor ó poeta! El Eufrates tiene algo de sorprendente por la belleza é irregularidad de sus márgenes, por el color de sus aguas, y al mismo tiempo la imaginación queda asombrada ante la majestad de su curso tranquilo y solitario. Parece que se tiene á la vista la marcha silenciosa y grave de la raza humana al salir del diluvio. Antes de pasar el río queremos probar sus aguas; mas á fin de evitar un caldo sobrado sustancial, la filtramos con nuestros pañuelos.

Estamos ya en la orilla derecha, formada por hermosos collados. A nuestro frente es vivísimo el contraste. La orilla izquierda se levanta bruscamente en rocas desnudas y cortadas á pico, y en los flancos de las mismas aparece Beredjik. Algunos instantes más, y estaremos en Mesopotamia.

Segun se nos dice, los miembros de una Comision científica francesa, que han estado aquí pocos dias antes que nosotros, al cruzar el río para dirigirse á Mesopotamia, Armenia, etc., se han apresurado á fotografiar el *paso del Eufrates*. Este paso es una curiosidad única en su género. La barca que transporta á la orilla opuesta en nada se parece á las embarcaciones conocidas. La proa se levanta en desmesurada punta como un largo pico de cigüeña, mientras que la popa está casi á flor de agua. Todo entra en ella confusamente, viajeros, caballos, mulos y bagajes. Pasamos la noche en Beredjik, en una plaza pública, aunque no bajo las estrellas, pues el cielo está cerrado y nos visita la lluvia.

De Beredjik á Orfa hay tres dias: sólo hemos pasado uno en la última ciudad, en donde se encuentra el primer hospicio (residencia) de nuestra Mision. Muchas cosas puedo referir de ella; mas cuento hacerlo en otra carta.

Después de nuestra salida de Orfa estamos un día y medio en las mayores inquietudes. La caravana con los bagajes y mercancías ha tomado la delantera, y ha emprendido diferente camino que nosotros. Apresuramos el paso, sin que logremos dar con ella. La noche se nos viene encima, y no se tiene todavía noticia alguna. ¡Juzgad cuántos temores nos asaltan! Los árabes del desierto no están muy léjos; fácil les es apoderarse de nuestros bagajes y acémilas, y nosotros quedamos solos con nuestro jefe ó conductor y algunos hombres. Así es que el menor objeto que se mueve en la llanura nos pone en alarma. Al día siguiente tampoco se recibe noticia alguna. Nuestro pobre conductor está consternado y pone lástima: entonces recurro á mi devoción favorita y le muestro los rosarios, exhortándole á tener confianza. Apenas he terminado mis palabras, vemos venir el hombre enviado en busca de la caravana, gritándonos:

—¡Ya la he descubierto! ¡Héla aquí!

El conductor toma entonces mis rosarios y los besa afectuosamente.

A tres jornadas de Orfa encuéntrase un santuario turco, edificado, segun se dice, en el solar que ocupaba la casa del santo Job. Estos sitios son de una fertilidad maravillosa. Ora atravesamos inmensos campos de cebada que nadie siembra y nadie siega; ora tapices sin fin de flores y verdor nos ocultan el estrecho sendero que nos sirve de camino.

Tres dias antes de llegar á Mardin encuéntrase una importante poblacion cuyas casas se confunden con las im-

ponentes ruinas de una antigua ciudad, Warandjar, en donde nos esperan los honores de una recepción verdaderamente de príncipes, aunque bastante singular. Warandjar es residencia de un jefe superior kurdo, Ibrahim, cuyo nombre es temido en muchas leguas á la redonda. Al tener noticia de nuestra próxima llegada á su poblacion envia á nuestro encuentro un destacamento de ginetes kurdos armados con lanzas, á quienes se unen buen número de cristianos tambien á caballo, y se nos juntan á una hora de distancia de la villa. Mientras unos nos hacen escolta, otros se lanzan al trote á través de los campos y ejecutan en nuestro honor carreras, manobras, marchas y contramarchas con maravillosa destreza. Así llegamos hasta la tienda del jefe, quien nos esperaba en pié ante la puerta. Apeámonos y le saludamos lo mejor que sabemos á la usanza oriental. Introducenos en la casa y nos hace sentar en el puesto de honor de un rico divan. Tiene á su lado al jefe de los Yazides ó adoradores del diablo: ante nosotros están colocados en semicírculo cerca de 500 kurdos, todos bravos bandoleros y sobre todo fanáticos musulmanes. ¡Encantadora compañía! Y, no obstante, estamos en completa seguridad, pues en cierta circunstancia de nuestro viaje tuvimos la buena suerte de hacernos gratos al jefe Ibrahim, que acababa de salir de la cárcel, á la que se le condenó por gravísimas faltas. En efecto, él ha sido una de las causas del último hambre que ha desolado la Mesopotamia, y llevó á fuego y sangre poblaciones enteras é incendió las cosechas. Sin embargo, el bajá de Alepo acababa de ponerle en libertad mediante fianza, y en el trayecto de Alepo á Beredjik encontró nuestra tienda y descansó en ella. Prendado de nuestra acogida, prometió no olvidarla, y ha cumplido su palabra. Ibrahim es todavía jóven: por la tarde nos hizo servir para nuestra comida un gran plato de carnero y de arroz, que nuestra gente despachó muy bien. Durante la noche nos concedió una guardia, y nuestra caravana le tributó los honores militares con repetidas detonaciones.

Después de tres dias de marcha hémos por fin ya en Mardin. Se la divisa desde muy léjos. En todo el contorno y á gran distancia es imposible encontrar una ciudad en situacion más singular. Está edificada en lo alto de una montaña, y desde la llanura hay que andar dos horas para llegar á ella.

Bendigo á la divina Providencia, que me condujo aquí á pesar mio, y hoy me encuentro recompensado el céntuplo por mi obediencia; pero nuestros recursos son nulos, nuestra penuria extrema, sobre todo después del hambre del año último.

## DAMASCO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS Y DESCRIPTIVOS,

POR EL P. ABOUGIT, S. J.

LUGAR DE LA CAIDA Y CONVERSION DE SAN PABLO.

### I.



Yo quedé poco sorprendido, al preparar este trabajo, viendo la incertidumbre que reina acerca de un punto tan interesante de la historia eclesiástica. Parece, en efecto, que la tradición cristiana hubiera debido transmitirnos indicaciones incontestables y precisas respecto al lugar en que san Pablo,



perseguidor aún, fué derribado y convertido por Aquel á quien perseguía con tanto encarnizamiento. Y, no obstante, es lo cierto que nada puede sacarse enteramente en limpio, y por mi parte he vacilado no poco antes de asentir á la opinion que me parece reúne todos los caracteres de verdad.

Mi indecision, me apresuro á manifestarlo, la motivó principalmente la falta de libros indispensables para hacer de esta cuestion un profundo estudio. En defecto de ellos he querido consultar la tradicion local, y á continuacion expongo el fruto de mis investigaciones.

Los Padres Franciscanos, que son los que están aquí encargados de la parroquia latina, admiten prácticamente la opinion que señala el emplazamiento del cementerio cristiano como el lugar de la caída de san Pablo, y acostumbra todos los años, en el día de la conmemoracion de la conversion de este Santo (25 de Enero), visitar procesionalmente dicho cementerio. Allí se reúnen al rededor de una vetusta fábrica compuesta de cantos rodados y pegados con un cemento natural. Elévase metro y medio sobre el nivel del suelo, tiene una abertura que le da la forma de puente, y en ella, segun la tradicion, encontró san Pablo, cuando huía de la cólera de los judíos que habian jurado su pérdida, un refugio provisional durante la noche. Así que la procesion llega á este lugar se canta en árabe el relato de la conversion del Doctor de los gentiles, y luego el evangelio del día en latin, seguido de otras oraciones.

El venerable superior de los Lazaristas de Damasco tuvo la atencion de interrogar, para complacerme, á un cristiano del Hauran. Este fija la caída de san Pablo en Sahhel-Kaukab (llanura del astro), lugar que dista de Damasco cuatro leguas por lo menos. La respuesta de este hauranita confirmó las noticias que me diera un griego católico de la ciudad. Fué esto bastante para decidirme á visitar Sahhel-Kaukab, en donde confiaba procurarme más amplios informes. Mas habiendo comunicado al ilustrísimo Arzobispo siríaco la proyectada excursion, y para la cual reclamaba el concurso de uno de sus sacerdotes más eruditos, el Prelado me declaró que nada encontraría en dicho punto. Semejante afirmacion de un anciano más que septuagenario, nacido en las cercanías de Damasco y domiciliado hacia muchos años en esta ciudad, fué para mí una verdadera decepcion, pues creía llegado el momento de alcanzar mi objeto.

Por otra parte, uno de los más antiguos misioneros de Damasco se inclinaba por el pueblo de Daraia, situado á dos leguas de la ciudad, y se apoyaba en la etimología de este nombre, que decia era corrupcion de las dos palabras árabes *dar* ó *deir*, y *ruia*, que significan *casa* ó *convento de vision*. Así interpretado, el nombre de Daraia

1. Nuevo cementerio latino. — 2. Cementerio de los católicos orientales. — 3. Sótano donde se ocultó san Pablo. — 4. Lugar donde yacen los restos de los cristianos asesinados en Damasco en 1860. — 5. Gran ruta en direccion al Oriente. — 6. Camino de Damasco á Jerusalem, y lugar donde cayó san Pablo. — 7. Cementerio de los judíos Caraitas.

La vista está tomada desde el punto en que el camino que conduce de la puerta de san Pablo (Damasco) al cementerio latino se bifurca en direccion del Sur y en la de Oriente.



SIRIA. — Lugar de la caída y de la conversion de san Pablo, cerca de Damasco, segun dibujo del P. Abougit.



contendría un vivo recuerdo de la aparición de Nuestro Señor á Saulo. Pero un sacerdote católico del país aseguróme á su vez haber leído en un antiguo manuscrito siríaco, conservado en el convento de Zaafrane, sede patriarcal de los jacobitas (1), el verdadero origen del nombre de Daraia. Según este documento, respetable cuando menos por su antigüedad, Daraia viene de *Dar-Raia* (casa de Raia), y Raia sería simplemente el nombre de una cristiana que hizo construir en aquel lugar un monasterio de religiosas, en el que se encerró ella misma. Según el título de uno de los escritos polémicos de san Juan Damasceno, es cierto que Daraia era, en tiempos de este ilustre Doctor de la Iglesia griega, la sede de un obispo jacobita, y pudo haberlo sido precedentemente de un obispo siríaco-católico. Añádase que Daraia conserva aún ruinas bastante considerables, que pudieran muy bien ser los restos de un antiguo monasterio.

Estos detalles me dispensan de exponer las tres opiniones que comparten los autores respecto á la situación del lugar en donde Saulo fué derribado y rindió las armas exclamando: «Señor, ¿qué quereis que haga?» (*Act. ix, 6*). Además prueban que nada he omitido en cuanto me ha sido posible para hacerme perfectamente cargo del objeto del presente estudio.

## II.

Falta ahora discutir aquella de las tres opiniones á la que me pareció deber inclinarme. Trátase, como se comprenderá, de la primera, que fija la caída del grande Apóstol en el cementerio cristiano, no lejos de los muros de Damasco, y precisamente en el trayecto de la antigua vía romana desde la capital de Siria á Jerusalem (2).

1.—Estudiemos desde luego el relato de los Hechos de los Apóstoles. Evidentemente todo testimonio humano se empequeñece y eclipsa ante el del Espíritu Santo hablando por boca del evangelista san Lucas.

Y ¿qué dice el Escritor sagrado? *Et cum iter faceret (Saulus), contigit ut appropinquaret Damasco, et subito circumfulsit eum lux de caelo* (3). ¿No habrá acaso, en este texto tan preciso, un serio argumento en favor de la opinión que discuto, y cuya verosimilitud espero demostrar? Así lo creo con el docto P. José Van-Ham, de la Compañía de Jesús, á quien me hago un deber de consultar sobre esta cuestión.

Verdad es que, aun suponiendo la caída de san Pablo en Daraia, que está á dos horas largas de Damasco, ó en Sahhel-Kaukab, punto más lejano todavía, la expresión *contigit ut appropinquaret* se verifica suficientemente. En efecto, habida atención al punto de partida, que era Jerusalem, y al de llegada, que era Damasco, puede muy bien decirse que llegando á Daraia, ó siquiera á Sahhel-Kaukab, san Pablo estaba próximo á Damasco.

(1) Este manuscrito es una historia del patriarca jacobita Dionisio el-Talmahrani, continuada por Gregorio Bar-Hebraem (Eln-el-Aabri).

(2) Saulo tenía harta prisa de llegar á Damasco y ensañarse en ella contra los cristianos, para que no emprendiera el camino más corto. Este, del que todavía subsisten algunos trozos, partía de la puerta de Jerusalem llamada de Damasco, iba recto hacia Scythopolis (el antiguo Reisan), cruzaba por este punto el Jordan, seguía por la línea más corta en dirección de Damasco, y pasando junto al cementerio cristiano, terminaba en la puerta dicha ahora de San Pablo.

(3) «Y yendo por el camino, aconteció que estando ya cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor del cielo.»

Pero, entiéndase bien, el agiógrafo no quiso emplear el verbo *appropinquare* (acercarse) en sentido tan extenso, como lo da á entender el verbo *contigit* (llegó) que le precede, y la designación del lugar al cual se refiere el verbo *appropinquare*. Evidentemente, el verbo *contigit* está allí para llamar la atención del lector y anunciarle algo especial, inesperado.

Es preciso, pues, admitir que el Escritor sagrado tuvo intención de señalar una novedad y de restringir el sentido de la expresión *appropinquare*, para hacerla designar una proximidad absoluta.

Además, parece que habría una especie de pleonismo si tuviese que entenderse el verbo *appropinquare* en su más lata acepción, pues *iter facere* (caminar) y *appropinquare* (acercarse) tendrían valor equivalente.

A mayor abundamiento puede echarse mano del contexto en apoyo de esta explicación. Así, en el versículo 7 san Lucas nos hace oír la voz del divino Salvador que dice á Saulo: *Surge, et ingredere civitatem*: «Levántate, y entra en la ciudad.» La íntima conexión de los dos verbos *surge* é *ingredere* parece indicar que, para entrar en Damasco, Saulo casi no tenía que hacer más sino levantarse, y de consiguiente que la escena tuvo lugar cerca de los muros de la ciudad. El versículo 8 corrobora el precedente. Nos muestra á los compañeros de viaje de Saulo conduciéndole á la ciudad «por la mano» (*ad manus*). Luego, si hubiese caído del caballo á cuatro ó siquiera á dos leguas de Damasco, sus compañeros le hubieran conducido sin duda de otra manera, como advirtió juiciosamente el mismo P. Quaresmio.

2.—Pasemos á otro orden de pruebas. Acabo de citar al P. Quaresmio, cuyo testimonio quiero invocar con preferencia en apoyo de mi tesis. Este docto Franciscano, que vivió muchos años en Palestina y que los consagró en su mayor parte á profundizar la historia de los Santos Lugares, sin exceptuar Damasco, á la que recomienda el recuerdo de san Pablo, se pronuncia resueltamente por la primera opinión, después de exponer con lealtad las otras dos, é invoca en su favor: 1.º la autoridad de un antiguo manuscrito que poseía en su tiempo (hace ya más de dos siglos) el célebre convento latino del monte Sion, llamado «del Cenáculo», y que contenía múltiples pruebas producidas por la tradición; 2.º la autoridad de Ludovico Romano (l. I, c. vi), quien precisa la caída de Saulo en la primera piedra miliar saliendo de Damasco (1), lo que es poco más ó menos la distancia de la muralla de circunvalación al cementerio común de los cristianos, y arruina así por su base la hipótesis de Daraia, y con mayor razón la de Sahhel-Kaukab; 3.º la autoridad de Guillermo de Baldensel, que supone igualmente la caída de san Pablo muy cerca de la ciudad.

Recojamos ahora el poderoso testimonio de Guillermo de Tiro, arzobispo latino de la ciudad cuyo nombre se le ha dado, y autor de una Historia de las Cruzadas que llega hasta el año 1183. Este escritor murió en 1192, después de haber salido de su diócesis, invadida por los infieles, para ir á implorar el auxilio de los príncipes de Europa. Guillermo, pues, citado por Adricomio, que adopta su parecer (*In Manasses*, n.º 41), dice claramente que, en conmemoración de la caída de san Pablo y de la

(1) *Extra urbem ad primum lapidem.*



célebre conversion que la siguió, la posteridad reconocida erigió en este lugar una iglesia dedicada al grande Apóstol. «Allí es, añade, donde aún al presente se hacen sepultar los cristianos que habitan en Damasco. Los siríacos dan á este lugar el nombre de *Mangi-Safar*, y á él llegó en el mismo día de la conversion del santo Apóstol, y pasó dos días, el ejército cristiano que iba contra Damasco (1).»

A la autoridad de Guillermo de Tiro, reforzada con la de Adricomio, viene á añadirse la de los Bolandistas. Estos sabios compiladores escriben respecto al lugar de la caída y conversion de san Pablo: «La opinion más verosímil es que esta conversion tuvo lugar á media milla próximamente de la ciudad. «Y hoy, dice san Agustín, en aquellas comarcas los lugares mismos testifican lo que pasó entonces en ellos y lo que se lee y cree aún al presente. Desde luego, en el lugar en que se juzga que fué divinamente derribado, la posteridad reconocida, etc.» Aquí los Bolandistas reproducen al pie de la letra las expresiones de Guillermo de Tiro (2).

Confesemos que, ante tales testimonios, la doble hipótesis de Daraia y de Sehhel-Kaukab pierde mucho de su verosimilitud y hasta de su probabilidad.

### INDOSTAN.

*Carta del Rdo. Fée, misionero de Malasia, al Ilmo. Garnier, vicario apostólico.*



POSEO actualmente en mi cristiandad tres escuelas más ó menos elementales para niños, pudiendo contener de 70 á 75 discípulos, así paganos como cristianos.

La principal es la de Tanjong, situada en el *campong* (recinto) mismo de la iglesia, y que V. Ilma. encontró en tan lastimoso estado en Junio último. Entonces sólo era una miserable casucha de *atapés* (follaje) frecuentada por una decena de niños. Las cosas han cambiado algo. La choza de *atapés* ha cedido su lugar á un pequeño edificio de ladrillo que nada tiene de lujoso, pero que cuando menos ofrece la ventaja de poner á los niños al abrigo de la lluvia.

El antiguo maestro de escuela, capaz para todo excepto para el desempeño de su cargo, ha sido reemplazado por un jóven de muy buena voluntad, que hace progresar á sus discípulos á paso gimnástico: así es que el número de éstos ha subido hasta treinta y cinco, de los cuales treinta por lo menos asisten puntualmente todos los días: casi todos son cristianos, y sólo se cuentan cuatro

(1) *In bujus rei memoriam Deo grata posteritas, eo loco, D. O. M. in honorem divi Pauli templum erexit, ubi etiamnum Christiani, qui Damasci habitant, sepeliri solent. Locum hunc à Syris Mangysafar dictum invenio; atque Christianorum exercitum Damascum petentem, ipso conversionis D. Pauli die, hic pervenisse ac ibidem biduum commoratum esse.*— El nombre *Mangi-Safar*, dado á este lugar por los siros, puede venir del árabe ó del siríaco. En árabe significaría *Effugium itineris*, el asilo, el refugio del viaje, alusion manifiesta al abrigo que encontró san Pablo en este lugar cuando su fuga nocturna. En siríaco tendría el sentido de *lugar de reunion*. Este sería el nombre que aquel lugar llevó *ab antiquo*. Atribuyendo Guillermo de Tiro el origen de este nombre á los siros, me inclino á la etimología siríaca.

(2) *Quam (conversionem Pauli) medio circiter milliario à civitate accidisse, verisimilior est sententia: Et hodie, inquit S. Augustinus, in illis regionibus etiam ipsa loca testantur quod tunc gestum est et nunc legitur et creditur. Ac primo ubi putatur divinitus in terram prostratus grata posteritas in honorem ejus templum erexit; ubi etiamnum Christiani, etc... (ut supra).*

paganos ó musulmanes. Los más aplicados continúan estudiando por la mañana el tamul, y por la tarde toman algunas lecciones de inglés, cuya lengua habla bastante bien el maestro de escuela. Confío que en uno ó dos años conseguirá meterles en la cabeza los conocimientos necesarios para llegar á ser, no bachilleres, lo que de poco les serviría, sino buenos cocineros ú otra cosa semejante.

Aquí el comun de los mortales estudia el tamul desde la mañana hasta la noche. Unos cantan con sin igual entusiasmo: *Ana, avenna, a, a, una, nyenna* (alfabeto tamul). Otros entonan las armoniosas estrofas de algun poema en honor de Nuestro Señor y de la santísima Virgen, ó algun tratado poético de la Religion. Excusado es decir que excluyen irrevocablemente todos los libros paganos, permitiéndose sólo el *Pancha-tantra* ó libro de las cinco fábulas, que por cierto no tienen más de pagano que las fábulas de La Fontaine. Esta es la única coleccion de prosa que poseen: todo lo demás es poesia.

Chateaubriand dice en alguna parte que el hombre primero cantó, y que el hablar lo aprendió más tarde. Si fuese así, los indios son ciertamente uno de los pueblos menos degenerados. No quiero decir que no sepan ó no quieran hablar, pues á V. Ilma. le consta que tienen suelta la lengua y que saben manejarla tan bien como todos los demás hijos de Adán y Eva, pero no cabe duda que el canto es más de su gusto. ¿Quieren leer ó estudiar? pues cantan; ¿rezan sus oraciones ó el catecismo? lo mismo. El boyero dirigiendo la carreta tirada por bueyes, canta para hacer más llevaderas las molestias del camino, como canta el sastre dando vueltas á la máquina para coser. Muchas veces he pasado por la noche frente de las casas en las que se encontraba reunida mucha gente, y mientras cada uno trabajaba á la luz de la lámpara, un hombre, libro en mano, leía cantando para él y los demás.

Hasta los coolies de las plantaciones, que manejan todo el día el azadon ó el palo, roban algunas horas al sueño si tienen un hombre instruido que pueda regalarles con algunas estrofas paganas ó cristianas. Así no hay que maravillarse de que á los niños les guste el cantar tanto ó más que á los mayores, pues no tienen otra cosa que hacer. No sería malo el gesto que pondrian mis escolares si les ordenase estudiar en voz baja como es costumbre en Europa: sin duda iban á creer que me propongo fomentar la pereza, pues entre ellos el más aplicado es el que mete más ruido, y la varilla viene pronto á espabilar al niño cuya voz deja de oirse. Si alguna vez me dirijo hácia la escuela, al momento oigo gritar: «El Padre viene, estudiemos,» y cada cual redobla sus esfuerzos para hacer el mayor ruido posible y recibir algunos plácemes.

Hay que convenir que los merecen. Quisiera que V. Ilma. pudiese oirles. Su canto no es siempre muy armonioso, que digamos, pero la buena voluntad suple por todo. Además, he advertido que los niños indios son, generalmente, mucho más estudiosos que los de su edad en Francia. No quiero decir con esto que no les guste divertirse. Los juegos de pelota, del marro y de la bola, etc., son tan conocidos entre ellos como en todas partes, y se entregan á los mismos con un entusiasmo que por cierto nada deja que desear...



## ÁFRICA ECUATORIAL.

## OJEADA GENERAL.

## I. — Noticias de la Mision del Uganda.

**S**EGUN escribe el P. Livinhac, «la organizacion política del Uganda puede coadyuvar mucho á su evangelizacion, pero tambien pudiera suceder que llegase á ser un obstáculo. Despues del Kabaka, monarca absoluto, hay los jefes de las grandes familias ó nobles del reino, llamados Mohamis, y que sólo obedecen al rey. Luego vienen otros jefes de rango inferior, que dependen del soberano por medio de los Mohamis del primer grado; y por último hay la clase de los esclavos ó Wadu, de los que cada Mohami tiene mayor ó menor número, considerándolos como su propiedad.

«En virtud de esto, el plan de evangelizacion que me parece más sencillo es el de evangelizar por señorios: debe hacerse todo lo posible para atraer al Mohami y

convertirle, ó por lo menos obtener que deje á sus Wadu en libertad de abrazar la Religion. Estos últimos están agrupados en dominios, cada uno de los cuales podria formar una parroquia ó fraccion de ella.»

Los Padres, no obstante, repetidas veces tuvieron que exponer al Kabaka las principales verdades de nuestra fe, y sostener en su presencia algunas controversias con los misioneros protestantes. Dotado de rara inteligencia, Mtesa tardó poco en comprender de qué parte estaba la verdad. Oigamos al P. Lourdel:

«Mtesa pidióme un catecismo en kiswahili: le parece que presidió mucha inteligencia en su composicion, y que todo sigue y se enlaza perfectamente. Critica, por el contrario, sutilmente el método de los ingleses. Este consiste, en efecto, en leer la Biblia, sin tener discernimiento alguno en las lecturas. No há mucho leyeron en la Corte el capítulo de los Reyes que trata de las costumbres disolutas de Salomon, y lo que se refiere á la cuestion de los mil años en el Apocalipsis...



MALASIA.—Escuela inda. (Pág. 7).

«Hoy el rey me ha preguntado si es verdad que en Francia bautizan á los bueyes y á los carneros, como le aseguró el protestante Mackai. El rey, comprendiendo lo ridículo de semejante aserto, pretende que Mackai está loco. Por lo que á mí hace, me resisto á creer que este ministro recurra á semejantes calumnias para destruir nuestra obra, y prefiero pensar que Mtesa no le comprendió.

«Este principe es considerado por sus súbditos como un hombre enteramente extraordinario, como una especie de divinidad, y se atribuye virtud sobrenatural á los objetos que se digna tocar. Así es que su conversion seria uno de los más grandes favores que puede otorgar el cielo á este pobre país. Todos admitirán sin discusion la religion que alcance sus preferencias...

«En realidad, por desdicha, el rey no es dueño tan absoluto de su persona y de sus actos como creíamos, pues le rodean cierto número de magnates de quienes más

bien es esclavo que soberano. Esto explica los cambios y juicios diversos que podrian emitirse acerca de su persona.

«Los magnates llegaron hasta decirle estos últimos dias:

«—¡Ah! ¿quieres ir con los blancos? ¡Bien, bien! pondremos uno de tus hijos en tu lugar.

«Además, como todos los negros, el Kabaka es supersticioso hasta el extremo. La grande hechicera Mkaça le hace temblar como hoja en el árbol. En su misma casa tiene un idolo al que honra y consulta casi continuamente: todos los dias recurre á nuevos amuletos, y no toma resolucion alguna de importancia sin preguntar á una multitud de demonios. Todos los habitantes de su reino, en particular los magnates, son tan supersticiosos como él é igualmente inmorales.»

A creer los asertos de personas dignas de fe, las costumbres de los Wagandas eran más arregladas y senci-



llas antes de la llegada de los árabes y sus adeptos: estos fueron los que iniciaron á aquellos desventurados pueblos en sus costumbres infames, y les comunicaron el menosprecio de la vida y de los bienes de sus semejantes.

Sea lo que fuere, el 27 de Marzo de 1880, vigilia de Pascua, cuatro catecúmenos vinieron á arrodillarse al pie del altar de Nuestro Señor, levantado, ó por mejor decir oculto en un rincón de este vastísimo reino idólatra. Sólo el verdor de las plantas y el perfume de algunas flores realzaban el brillo de esos primeros bautismos. La Iglesia del Uganda estaba en el período de las catacumbas, y la pobreza de sus pastores era igual á la del divino Maestro en Belén y Nazareth. El agua corrió sobre aquellas frentes humildemente inclinadas.

Había empezado la obra de la gracia, que debía ir acentuándose cada vez más. El número de catecúmenos fué en progresivo aumento. Cada tarde se enseñaba el catecismo en kiswahili y en kiganda, y se aprendían también las diferentes oraciones de la Iglesia. A pesar de las dificultades inherentes á la carencia de libros para los maestros y á la poca inteligencia de los discípulos, tanto fué el celo de unos y la buena voluntad de los otros, que el sábado de Pentecostes, 15 de Mayo siguiente, cuatro nuevos reclutas vinieron á alistarse bajo las banderas de Jesucristo, duplicando de este modo la naciente cristiandad.

Dos de ellos pertenecían á la clase de los Waskari (soldados del rey). Uno de estos últimos, llamado Fuké, es hijo de Na Mutué, gran jefe de un pueblo ussoga, tributario de Mtesa: tiene por sobrenombre Kabaka ona Massanga (el rey de las defensas de elefante), á causa de la gran cantidad de marfil que proporciona al rey del Uganda. Este magnate dista mucho de ser tan pretencioso como los demás Mohamis wagandas: es alegre, afable y se gloria de llamarse amigo de los misioneros: desgraciadamente sus mujeres se cuentan por docenas. Sin embargo, tiene el buen juicio de permitir á sus hijos que no le imiten. Dos tuvieron ya la dicha de ser regenerados el sábado Santo. El P. Girault, de quien son estos detalles, refiere así la conversión del tercero:

«Fuké es un jóven de diez y ocho años poco más ó menos, de fisonomía apacible é inteligente, dotado de admirable buen sentido y de excelente carácter, lo que es causa de que Na Mutué le quiera más que á sus demás hijos y de que pidiese al Kabaka que le designase por sucesor. Anhelando abandonar el paganismo, Fuké buscó la luz entre los musulmanes; pero no encontrando entre ellos la paz del alma, rehusó abrazar su religión. A nuestro arribo al Uganda le hablaron tan mal de nosotros, que resolvió no poner el pie en nuestra cabaña, y mientras su padre nos visitaba con frecuencia, él manteníase constantemente retraído.

«En esto las huestes de Mtesa se prepararon á tomar el camino del Ussoga para combatir contra algunas tribus rebeldes. Na Mutué y Fuké debían formar parte de la expedición, cuando una circunstancia providencial imposibilitó á este último de partir y le obligó á entrar en relaciones con esos Wafrança (hijos de Francia) que le habían pintado con tan negros colores.

«Cierto día, al volver á su choza con el fusil cargado al hombro y la mano en la boca del cañón, chocó el ga-

tillo contra algun obstáculo y disparóse el arma, infiriéndole los proyectiles tan grave herida en un dedo, que los ministros protestantes á quienes se consultó declararon necesaria la amputación. Los Wagandas tienen tal horror á las mutilaciones, que el individuo que sufre alguna, por noble que sea la causa que haya dado lugar á ella, se ve cruelmente rechazado de toda sociedad distinguida y condenado á vivir entre los más ínfimos Wadu. No es de extrañar, por lo mismo, que Fuké no quisiese someterse á la operación que los ingleses juzgaban indispensable. Na Mutué vino entonces á preguntarnos si podríamos curar á su hijo sin privarle del dedo: el P. Lourdel nada pudo prometerle, pues apenas algunas fibras y la piel mantenían unidas las falanges. Sin embargo, tras algunos días de solícitos cuidados, el paciente se encontró mejor, y el Padre le propuso que viniese á dejarse curar entre nosotros. Pronto pudo convencerse de que no éramos tan negros como se nos pintaba en el barrio musulmán: por curiosidad mezclóse entre nuestros catecúmenos, y aprendió algunas oraciones. ¡Cuán grande es la bondad de Dios! ¡y cómo sabe tender zancadillas de misericordia á las almas predestinadas! Nuestro oficioso oyente, en cuyo corazón se deslizaban los dogmas de nuestra Religión como sobre piedra, encontróse de repente transformado por estas mismas verdades. Transcurrieron muchos días sin darnos otras señales del cambio obrado en él que su aire reflexivo y su asiduidad en no perder una sola de nuestras instrucciones. Por último vino á encontrarme á solas, y me dijo con voz conmovida:

«—¡Quiero salvar mi alma! ¡Quiero abrazar la verdadera Religión! ¿Cuándo podréis darme el bautismo?

«Díjale que su deseo era excelente, pero que el Bautismo es una gran cosa; que antes de recibirlo era preciso estar bien instruido en nuestra santa Religión y resolverse á practicarla á toda costa: asimismo le hice presente que los cristianos no pueden tener sino una mujer.

«—Ya lo sé, me contestó, y todo lo he reflexionado bien: sólo quiero una cosa, salvar mi alma.

«Estas palabras, pronunciadas con acento de convicción profunda, me conmovieron vivamente y no me dejaron la menor duda acerca del prodigio que acababa de obrar la gracia en aquella alma querida.

«—Veo muy bien que Dios te ama mucho, le dije: ora con fervor, pide cada día luz y fuerza, y cuando estés bastante instruido te administraremos el Sacramento que del hombre hace un hijo de Dios.

«Han pasado cerca de dos meses, siendo Fuké el más asiduo y atento de nuestros catecúmenos. Varias veces ha venido á preguntarme:

«—¿Cuánto falta todavía? Por la noche, cuando voy á conciliar el sueño, todos mis miembros tiemblan al pensamiento de que la muerte puede sorprenderme y sepultar mi alma en el fuego eterno.

«—Tú nos aseguraste, repuse, que bastaría un capricho del Kabaka para entregar á la muerte á todos los cristianos; ¿y á pesar de esto quieres recibir el Bautismo?

«—Si, replicó, quiero ser cristiano: el Kabaka sólo puede matar mi cuerpo, y yo quiero salvar mi alma.

«Llegó por fin el suspirado día, y nuestro catecúmeno recibió con excelentes disposiciones el agua santa é hizo



su primera Comunión. Habla poco, y de vez en cuando veo que se retira á nuestra pobre capilla. Compréndese que tiene conciencia de las grandes cosas que acaban de obrarse en él. ¡Dignense san Juan y María Inmaculada, cuyos bellos nombres llevará en adelante, proteger su inocencia y conservarle en su primer fervor!»

Posteriormente el diario de la Mision, volviendo á hablar de los neófitos, se expresa así:

«Nuestros cristianos se conservan en sus buenas disposiciones: estas pobres gentes no son tan malas como dicen los exploradores, que sólo han estado en relacion con muy pocos indigenas y aún por medio de malos intérpretes. Desde que podemos hablarles en su lengua se han disipado muchas de las prevenciones que hizo nacer en nosotros la lectura de los relatos novelescos de Stanley y otros. El carácter de un pueblo no puede conocerse á fondo en un día ni en un mes, y los viajeros debieran evitar el constituirse en jueces soberanos del pasado, del presente y del porvenir de los países que la mayor parte de las veces sólo han visitado á vuelo de pájaro.»

En el mes de Mayo del año penúltimo los misioneros del pro-vicariato del Nyanza resolvieron renovar la consagración de su Mision á María Inmaculada, levantar acta de ella, y deponerla, despues de firmada, á los piés de la imagen de Nuestra Señora que domina el altar de su pobre capilla. El acta dice así:

«Hoy, último día del mes de María, los abajo firmados, misioneros del Uganda, renovamos la consagración de la Mision del Nyanza á María Inmaculada. Le damos y consagramos nuestras almas y nuestros cuerpos, toda nuestra vida, nuestra muerte y nuestra eternidad. Le conjuramos sea por sí misma nuestra dueña y superiora, á fin de conocer y cumplir por Ella, en Ella y con Ella la voluntad de su divino Hijo, por cuya gloria deseamos sacrificarnos enteramente. Declaramos que, si se obtiene aquí algun bien, María es quien lo habrá hecho y que á Ella corresponde toda la gloria. En fe de lo cual firmamos la presente acta, y la depositamos á los piés de la santísima Virgen, nuestra buena Madre y dueña soberana.»

A su tiempo dimos ya noticia de que el príncipe enfermó de disenteria, de la que le curó el P. Lourdel. Esta curación casi milagrosa, debida sin duda á la poderosa intercesión de Aquella á quien los misioneros acababan de darse solemnemente por guia, condujo á mayor intimidad entre ellos y el Real enfermo. Tuvieron nuevas conferencias acerca de la divinidad de nuestra fe durante los meses de Agosto y Setiembre, como lo atestigua el diario de la Mision.

Cierto día el Padre trajo un catecismo con estampas y un Nuevo Testamento ricamente impreso en árabe. El rey quedó muy complacido, y pidió guardar los dos libros para examinarlos mejor. Al ver el grabado que representa la Anunciación, admiróle la modestia de la santísima Virgen, y desde entonces en todos los cuadros que se le muestran pregunta en dónde está María la Virgen.

## II.—Noticias de la Mision del Tanganika.

Ujiji, 13 de Noviembre de 1880.

En Rumongué, nuestra estación del Urundi, enseñamos asiduamente á nuestros jóvenes negros el catecismo y la lengua kisuahili, en lo que tropezamos con grandes

dificultades, á causa de la carencia absoluta de libros. Nos vemos obligados á formar bien ó mal nuestros caracteres alfabéticos en un papel que pegamos á una tabla, medio que, como se ve, es sobrado primitivo é imperfecto.

Así es que suspiramos vivamente por una prensita tipográfica, acompañada de cierto número de letras mayúsculas, minúsculas y de cursiva, y tambien algunas cifras. Creo que podría encontrarse todo esto, que fuese poco voluminoso y muy ligero: la pequeña imprenta de los Padres del Espíritu Santo, en Bagamoyo, es un modelo en este género.

Con auxilio de una tipografía en miniatura tendríamos pronto lo que se necesita para enseñar á leer á nuestros niños, y además podríamos imprimir las oraciones que rezan cada día: el *Padre nuestro*, el *Ave Maria*, los actos de fe, esperanza y caridad, y los Mandamientos.

El ilustrísimo Delegado nos comunica un proyecto de Mision en los Estados del Muata-Yamvo. Segun nuestras noticias, el camino que conduce á ellos pasa por el Kalanga, lugar rico en cobre y aún en oro, al decir de los árabes. Los portugueses van allá frecuentemente desde San Pablo de Loanda (costa occidental). En dichos Estados tienen buen mercado las telas, el *merikani* sobre todo, y las perlas. Dícese que se necesitan dos meses para ir de Ujiji á Katanga, y de este lugar á la capital del Muata-Yamvo, un mes y medio ó dos. En este punto residen habitualmente, para su comercio, gran número de portugueses. En el Katanga la mayor parte de la población habla el kinyamuezi. Más léjos sirvense de la lengua de Kabundo ó Kabango, lugar situado al Oeste del Muata-Yamvo; pero los portugueses emplean tambien la lengua materna, que asimismo comprenden sus esclavos.

Estos son los informes que he podido adquirir por los árabes que han estado en el Katanga en busca de cobre. Ahora, si me fuese permitido emitir una opinion sobre el asunto, diria que una caravana que partiese de la costa occidental, de San Pablo de Loanda, por ejemplo, tendria quizá más facilidades para llegar al Muata-Yamvo que si saliese de Ujiji. De este modo formaríamos una cadena misteriosa uniendo los dos Oceanos á través del Africa.

Pero, sea como fuere, me hago intérprete de todos mis compañeros del Tanganika declarando que estamos prontos á partir á donde y cuando el ilustrísimo Delegado le parezca, como tambien estamos dispuestos á permanecer en nuestra querida Mision para trabajar en su engrandecimiento y prosperidad.

Por su parte, el Rdo. P. Lévesque, jefe de la segunda caravana, que partió dos años há, nos participa sale de Kaduma para la Corte del rey Mtesa, á quien va á ofrecer sus presentes. Los misioneros del Uganda gozan buena salud, y acaban de fundar una segunda estación en el Mueré, en territorio del sultan Roma. Esta nueva estación está colocada bajo la advocación del sagrado Corazón de Jesús.

## III.—Noticias de la tercera caravana.

Los misioneros de Argelia que partieron el 10 de Octubre de 1880 para el Africa ecuatorial, escriben desde San José de Mdaburu con fecha 8 de Marzo de 1881:



«Gracias al Señor hemos llegado todos sanos y salvos á Mdaburu (1) el sábado último, 5 de Febrero. Muniy Mtuaana, nuevo jefe del distrito, nos recibió muy bien, mostrándose generoso con nosotros y dejándonos elegir un emplazamiento á nuestra voluntad. Nos hemos fijado provisionalmente en un *tembé* abandonado, en un sitio á propósito y feraz, en donde nos instalamos ayer. Con algunas reparaciones nos bastará hasta que hayamos construido nuestra nueva casa.

«Hasta el presente no tenemos que lamentar pérdida sensible en nuestros bagajes, de suerte que nuestra pequeña expedición ha superado las esperanzas de todos. Dios se ha dignado escuchar vuestras oraciones, las de nuestros compañeros y amigos; ha tomado también en cuenta las víctimas que se escogió el año último, y nos ha concedido una protección especial. ¡Sea mil veces bendito!

«Todavía no tenemos noticia alguna reciente de nuestros compañeros de los Grandes Lagos. Vamos á ponernos inmediatamente en relación con ellos.»

## VIAJE A ABEOKUTA,

POR EL RDO. HOLLEY, MISIONERO DE LA COSTA DE LOS ESCLAVOS.

### I.

DE LAGOS Á ICHERI.

**A**BEOKUTA, la tierra prometida de los misioneros africanos, acaba de abrirnos sus puertas en circunstancias providenciales. Si, como Moisés, no debía permanecer en ella, deseaba por lo menos verla de lejos, esto es, de paso. Se me concedió, pues, un permiso de quince días para visitar la gran ciudad africana: el Rdo. Chausse, queriendo apreciar por sí mismo las disposiciones del jefe de Abeokuta, resolvió á última hora aprovechar la misma ocasión. Juzgóse que esta expedición apostólica sería útil de un modo ú otro, y que indudablemente promovería la gloria de Dios. Decidióse hacer el viaje: nuestros preparativos no fueron muy largos ni complicados: armados con nuestra cruz y nuestro breviario, estábamos ya dispuestos, cuando nuestros tripulantes vacilaban todavía, pues necesitan muchos días para organizarse. En efecto, mientras el negro posee algunos *cauries* (2) descansa, bebe y come, sin preocuparse del porvenir. Por último los tripulantes de la canoa fijaron la partida para el 28 de Julio á las siete de la mañana. Estábamos prontos, ó por lo menos creíamos estarlo; mas la Providencia lo había dispuesto de otra manera.

Apenas llegamos á la laguna nuestros hombres, pretextando el mal tiempo y la fuerza de la corriente, dilataron la marcha para el siguiente día, y de buen ó mal grado fué preciso resignarse y esperar: debíamos partir al canto del gallo. Dios, que permitió este retraso, nos dió ocasión de aprovecharlo. Habiendo tenido noticia de nuestro contratiempo el Sr. Colonna de Leca, vino por la tarde á tener con nosotros un rato de recreación: co-

mo es de suponer, hablamos de nuestro viaje é hicimos castillos en el aire. Este sugeto, animado de celo extraordinario en favor de los misioneros, manifestó el deseo de unir su nombre á la primera estación que se estableciese en Abeokuta, y ofreció el donativo que le pareció suficiente para la compra del terreno. ¿Cómo rehusarlo? Desde este momento nuestro deseo se trocó en esperanza, y dimos gracias á Dios por el retraso que nos contrarió por la mañana, y que ahora nos parecía de tan buen augurio.

29 de Julio. — En el umbral de la puerta, antes de despedirnos de nuestros compañeros, nos vino el pensamiento de que podríamos llevarnos una campana, y tomamos una, con la que durante el viaje señalaba el *Angelus* por la mañana, medio día y noche: cuando nuestra piragua abordaba en algun pueblo donde debíamos pasar la noche, la campana anunciaba nuestra llegada, y al día siguiente daba la señal de partir.

Nuestra embarcación, de doce metros de largo, sólo tiene sesenta centímetros de ancho, y la decoramos pomposamente con el nombre de San Pedro.

Bajo la pequeña tienda que debía protegernos contra los rayos del sol, nos veíamos obligados á permanecer en posición horizontal, so pena de derribar el mal seguro andamio que la sostenía. Mientras rezábamos las oraciones del itinerario, pidiendo al Señor nos preservase de todo peligro, nuestra embarcación entraba en el gran lago Corodon: pronto el *San Pedro* tomó la dirección del Norte, y al cabo de dos horas penetramos en el canal del Ogun. Adelantamos lentamente á través de aquel inmenso bosque de paletuvios, cuyas numerosas raíces, que veíamos proyectar en el légamo, forman á veces troncos enormes á algunos metros dentro del agua. Aunque no esperábamos encontrar habitaciones entre dichos paletuvios, á las once llegamos á un pueblo llamado Abgoi, primera etapa para los tripulantes que van de Lagos á Abeokuta. Mientras que nuestros dos hombres tomaban alimento, entramos en conversación con los negros del pueblo, con asombro de todos, pues les parecía imposible que pudiésemos comprender su lengua, y prorumpieron en exclamaciones de júbilo para demostrar su satisfacción.

Apenas salimos del canal entramos en un rápido torrente que se ensancha un poco. Bordean las orillas grandes bombaces y vigorosos algodonereros, que sirven de apoyo á las flexibles y elegantes enredaderas. Flores rojas y blancas tapizan graciosamente esos gigantes de la laguna y ofrecen un golpe de vista encantador. Sobre este fondo de verdor y de vegetación exuberante se destacan numerosas palmeras de corta talla, cuya hoja contrasta agradablemente con la de los demás arbustos. Algunas cuevas, guaridas del caiman y del hipopótamo, rompen á ciertas distancias la monotonía del espectáculo. Nuestra piragua encontró durante el día numerosos esquifes que se dejaban llevar por la corriente. Entonces cambiábamos con los negros que las dirigían interminables saludos, que consistían en sin fin de bendiciones: «¡Que tu camino sea feliz! ¡Que sea breve! ¡Que seas bien recibido! ¡Te saludo á tu llegada! ¡Viva el jefe de la piragua! ¡Viva la piragua! ¡Vivan los que van dentro! ¡Buen viaje para todo lo que os pertenece! ¡Que Dios bendiga tu camino!» y otras mil bendiciones que sería

(1) Mdaburu, situado en el camino de Bagamoyo al Tanganika, se encuentra casi á igual distancia de este lago y de la costa (32° 24' longitud Este, y 6° 30' latitud Sud).

(2) Conchita que sirve de moneda en Africa.



largo referir. A las tres de la tarde saludámos el pequeño pueblo de Oricha y recordámos al Rdo. Borghero, que abordó allí en otro tiempo.

Nuestros tripulantes se mostraron poco animosos durante esta primera jornada: á las seis de la tarde nuestro *San Pedro* había tomado ya lugar entre gran número de piraguas, delante de Icheri (Iseri). Célebre en otro tiempo y muy populosa, esta ciudad fué capital de un reino del mismo nombre. Al presente la rodean aún los fosos que hicieron sus antiguos habitantes para resistir á la invasión de los Ijebus. Hoy sólo existe reducido número de casas, y no se ven sino ruinas de las que fueron destruidas por los enemigos.

—Era todavía joven, nos dijo una anciana negra de cabellos blancos, cuando mi patria fué devastada por los ladrones Ijebus.

En todas partes fuimos acogidos con grandes demostraciones de simpatía. Los niños nos guiaban para visitar la población, que está dividida en dos barrios separados: el de los malos, en el que se ven magníficas cabras y medrados corderos, y el de los paganos, que respira miseria, y cuyas calles, infestadas de fetiches, están cubiertas de montones de tierra por los que todavía corre el aceite de palma.

Empezaban á encenderse fuegos en ambas orillas del río, y los negros fumaban y conversaban en grupos de cuatro ó cinco. Sucesivamente dirigimos á todos la palabra, y ellos rivalizaban en urbanidad y complacencia. Hubiéramos preferido pasar la noche en tierra, pero debiendo el *San Pedro*, según se nos dijo, levar el áncora muy de madrugada, tomámos el partido de dormir á bordo.

## CRÓNICA.

**Alemania.** — Según el «Ordo» diocesano de Culm, correspondiente al año 1881, el número de católicos de dicha diócesis es de 605,311; los sacerdotes á ella pertenecientes no bajan de 400, pero el rigor con que han sido aplicadas las leyes de Mayo impide á muchos de ellos llenar en sus parroquias las funciones del santo ministerio. Si del número de los sacerdotes tolerados por el Gobierno se deducen los que están dedicados á la enseñanza, sólo quedan 266 para ejercer la cura de almas; de manera que hay un sacerdote por cada 2,275 fieles.

«El más fanático partidario del Kulturkampf, dice el «Tablet», se ve obligado á reconocer que el número de eclesiásticos es de todo punto insuficiente en dicha diócesis. Efectivamente, en las circunstancias ordinarias hay un sacerdote por cada 800 almas á lo más, y aun en este caso el clero tiene muchísimo que hacer. No es, pues, extraño que en tal escasez de ministros sagrados haya gran número de parroquias privadas de los ejercicios del culto.»

El Ilmo. Juan Nepomuceno de Marwitz, venerable obispo de aquella desolada diócesis, es uno de los miembros más antiguos del episcopado alemán. (Pág. 20). Nació en Tucklin el 20 de Abril de 1795, y hace veinte y cuatro años que gobierna su diócesis con prudencia y celo dignos de todo elogio. Jefe venerado de un clero del cual sufren por la justicia más de cien individuos, el santo anciano ha sido en diferentes ocasiones víctima de los rigores del tribunal «eclesiástico» de Berlín.

**Grecia.** — Mientras que las grandes potencias europeas trabajan por extender en Oriente su influencia so pretexto de mejorar la suerte de las poblaciones cristianas, el Vicario de Jesucristo se esfuerza en volver al seno de la verdadera Iglesia á los orientales, separados de nosotros largos siglos há por el cisma y la herejía. Las miradas del Sumo Pontífice se dirigen con predilección hácia la Iglesia griega, la más importante del rito oriental, y que abraza no sólo la Grecia y parte de los pueblos de Turquía, si que además extiende su influencia sobre los pueblos eslavos. No cuenta menos de noventa millones de almas. Su liturgia y sus instituciones son perfectamente conformes al espíritu y á las doctrinas de la Iglesia católica, y áun sus libros canónicos confirman el dogma de la autoridad pontificia.

Su Santidad Leon XIII medita la creación de Misiones del rito griego. Quiere servirse de los elementos católicos que todavía existen en la Iglesia griega á fin de ganar el cuerpo por entero. Empleando al intento, no ya misioneros del rito latino sino del griego, el Padre Santo parecerá que dice á los cismáticos: «Deseo que seáis católicos, no precisamente latinos. Guardad vuestros ritos sagrados y las santas instituciones que os ha transmitido la venerable antigüedad; sí, reanudad en toda su integridad las costumbres que recibisteis de vuestros padres, y os encontraréis unidos á la Silla de Pedro.»

La ejecución de semejante proyecto quitará al cisma su único argumento, que consiste en atribuir al Papa el intento de sustituir el elemento oriental por el occidental, el helenismo por el latinismo. Esta idea, que nos parece ridícula, está muy arraigada entre los griegos. Poner la mano en sus ritos é instituciones eclesiásticas lo consideran como un atentado á su vida nacional. Cuando se haya logrado persuadirles que, al mismo tiempo que quiere hacerlos católicos, el Padre Santo respeta su amor propio nacional, se habrá dado un gran paso.

No se nos ocultan las graves dificultades que deberá vencer la Mision católica griega para alcanzar el objeto propuesto por Su Santidad Leon XIII; pero con el fraternal concurso de todas las fuerzas católicas que obran ya sobre las poblaciones helénicas, logrará ciertamente dar en su día abundantes frutos.

**Armenia.** — Una carta dirigida desde Mardin al nuevo patriarca, Ilmo. Estéban Pedro X Azarian, anuncia que en Nipirgherd, antigua Martirópolis, gran número de armenios gregorianos están dispuestos á volver á la Iglesia católica. Cuéntanse más de 3,000 gregorianos en aquel distrito.

En Constantinopla acaba de tener lugar un notable acontecimiento que puede tener consecuencias importantísimas bajo el punto de vista religioso. La Iglesia armenia gregoriana cuenta dos patriarcas principales, el de Etchmiazin, cerca de Erivan, en Rusia, y el de Sis, en Cilicia: no hablamos del patriarca de Agtamar, cerca de Van, ni de los de Jerusalem y Constantinopla, que propiamente son meros arzobispos ordinarios por lo que respecta á la jurisdicción espiritual. Los dos Patriarcas sobredichos son mutuamente independientes; empero como Etchmiazin, por ser la Sede que ocupó san Gregorio el Iluminador, apóstol de Armenia, tiene cierto prestigio á los ojos del pueblo, la habilidad del Gobierno ruso consiguió por último que se considerase el obispo de aquella ciudad como patriarca supremo. Por otra parte en el orden civil, según antigua usanza, los patriarcas de Sis vienen obligados á pedir su «berato» (1) por conducto del de Constantinopla, el único que estaba en relaciones con el Gobierno otomano.

(1) Diploma de investidura que da el Sultan al Patriarca de Constantinopla.



Recientemente el Sr. Nerses, que ocupa esta última Silla, instigado por una asamblea de laicos libre-pensadores, secularizó todos los obispados gregorianos y quiso hacer lo mismo con el patriarcado de Sis: al intento elaboró una especie de Constitución del clero, y la envió al Prelado de Sis con orden de firmarla, á lo que se negó éste. Entonces el de Constantinopla rehusó á su vez solicitar el «berato» en su favor. Disgustado el Patriarca de Sis con tales triquiñuelas, se dirigió á la capital resuelto á gestionar personalmente sus asuntos. No habiendo transacción posible entre los dos Prelados, á causa de que el Sr. Nerses persistía en sus pretensiones de que Sis se sometiese á Constantinopla y á Etchmiazin, el Patriarca ofendido se dirigió á la Sublime Puerta, y pidió directamente su «berato» y el favor de entenderse en adelante con el Gobierno imperial. Este, que estaba descontento de la conducta observada por Nerses durante los últimos acontecimientos políticos, no hay que decir si secundó muy á su placer semejante pretensión, á fin de dar un buen golpe al prestigio del Patriarca ruso.

Toda esta negociacion llevóse á cabo en el más profundo secreto, y algunas semanas há el periódico semioficial turco publicó que S. M. el Sultan había concedido el «berato» al Patriarca de Sis á petición del mismo. El asombro y furor de los armenios no unidos al saber la noticia no tuvo límites. Los periódicos de la secta se han coligado contra el Prelado, apellidándole traidor. El Sr. Nerses se ha quedado á la Puerta por infracción de sus privilegios, amenazando con excitar al pueblo contra su Patriarca y pedir su destitución: la embajada rusa también se ha conmovido ante este ataque á su prestigio. Los demás embajadores permanecen indiferentes, y probablemente no verían con malos ojos disminuir la influencia de Rusia sobre los armenios de Turquía.

Como la jurisdicción del Patriarca de Sis se extiende sobre toda la Cilicia, la Siria y parte de la Armenia-Menor, y se ejerce sobre 200,000 almas, la cuestión puede adquirir suma importancia. Es muy posible que dicho Patriarca, apurado, busque un apoyo en la Iglesia católica, y se dice ya que no tendría dificultad en hacer conmemoración del Papa en la liturgia. Así es que, sin forjarse ilusiones, conviene seguir con atención este asunto, que no dejará de aprovechar para bien de las almas el Ilmo. Azarian, quien se propone, según se dice, reforzar las Misiones armenio-católicas de Cilicia.

La Europa católica no puede menos de mirar con interés este grave acontecimiento, pues en Cilicia se dieron cita los héroes de las Cruzadas y dejaron preciosos recuerdos de su paso. En Sis mismo, capital de la provincia, muéstranse aún objetos que se conservan de aquella época heroica. Si los católicos de Occidente prestan su apoyo al Ilmo. Azarian, es probabilísimo que la escisión entre los dos Patriarcas no unidos terminará por una conversión en masa. Durante el primer movimiento de conversión de la Bulgaria, unos veintitres años há, la indiferencia de Europa fué causa de que Rusia por medio de sus embajadores supiese atraerse aquellos pueblos, cuyas consecuencias estamos tocando ahora. Hoy la misma indiferencia arrastraría á los armenios hácia el protestantismo, y de consiguiente hácia Inglaterra.

**Asia-Menor.**—Comunican de Trebisonda la conversión de un distinguido médico israelita húngaro, el Dr. Fessikovy, quien recibió el Bautismo de manos del P. Felipe de Bolonia. Dicho Doctor está casado con una católica: ha tenido tres niños á quienes hizo bautizar, y él mismo quería entrar en el seno de la Iglesia. Su permanencia en Trebisonda le ha proporcionado ocasión de realizar el deseo que hacía mucho tiempo alimentaba. Poco tiempo antes había

sido también convertida y bautizada por el Ilmo. Juan Ghiureghian una familia israelita compuesta de padre, madre y cuatro hijos.

—También escriben desde dicho punto el desembarco de cuatro misioneros de la Compañía de Jesús en Samsun y su partida para Amasia con objeto de fundar allí una Misión. En aquellas comarcas hay un movimiento muy pronunciado hácia el Catolicismo, y por consiguiente es de esperar que dichos misioneros recogerán opimos frutos y que sus trabajos servirán grandemente para el progreso de la Religión en Oriente.

**Kiang-nan (China).**—Una memoria del P. Sira, de la Compañía de Jesús, impresa en Zi-ka-wei, cerca de Chang-hai, presenta datos muy satisfactorios sobre el estado de la Misión del Kiang-nan. Después de las crueles persecuciones y horribles matanzas de los años 1859 á 1863, dicha Misión quedó reducida en 1864 á 34 misioneros europeos y 12 indígenas, con 397 cristiandades y 70,152 católicos, sin iglesias ni escuelas. Hoy cuenta 58 misioneros europeos y 28 indígenas, 97,306 católicos, 557 cristiandades y 587 iglesias ó capillas. Posee además 379 escuelas de muchachos frecuentadas por 4,350 alumnos cristianos y 3,025 paganos; y 320 escuelas de niñas, frecuentadas por 3,823 educandas cristianas y 225 paganas.

**Patna (Indostan).**—El «Indian Herald» anuncia la consagración del P. Francisco Pesci, misionero capuchino, nombrado vicario apostólico de Patna. La ceremonia se verificó el 14 de Agosto en la catedral de Allahabad, que ha hecho construir el mismo Padre. Era prelado consagrante el ilustrísimo Tosi.

**Argelia.**—Recientemente partieron para la nueva Misión de Siria muchos misioneros de la Compañía de Jesús, entre los cuales se encuentra el H. Roy, que ha trabajado con extraordinario celo en la obra de las poblaciones kabilas, ocupadas hasta hace poco por la Compañía de Jesús. En la pág. 21 damos el retrato de ese humilde religioso rodeado de cinco kabilas, y como homenaje á los que acaban de partir, expulsados por una orden draconiana de los hombres funestos que hoy mandan en su país, publicamos la siguiente descripción de uno de dichos establecimientos:

«Es de ver la bulliciosa turba de muchachos de seis á diez y ocho años, bajo el rojo casquete ó el blanco albornoz, todos de fisonomía abierta, alegre, agraciada; amigos todos de la escuela, acudiendo á ella solícitos y puntuales; dóciles, aplicados y atentos á las instrucciones que se les dan. La enseñanza consiste en lengua francesa, lectura, escritura, aritmética, historia y geografía... Después, llegada la hora del recreo, toda aquella multitud se entrega alborozada á sus juegos y rodea familiarmente la sotana del maestro...»

**Gallas.**—La «Unitá cattolica» ha resumido recientemente, en un artículo intitulado: «El Ilmo. Massaja y sus tribulaciones,» la heroica carrera del antiguo vicario apostólico de los Gallas.

«Repetidas veces hemos dicho que, aún ocupándose en su objeto principal, que es la propagación del Evangelio, el misionero católico no descuida los trabajos científicos: el Ilmo. Massaja da de ello una nueva prueba. Desde el año 1847 hasta 1850 ha recogido preciosos apuntes respecto al litoral del Africa oriental y de la Arabia: en 1851-52 recorrió la Nubia, el Sudan, el Sennaar y las regiones del Nilo Azul, haciendo en todas partes importantes observaciones. Desdichadamente perdió todos sus cuadernos en Kafa, al ser desterrado en 1861.

«La historia de sus destierros es bastante larga. El pri-



mero fué en Octubre de 1847: el príncipe Ubé le arrojó de Guaba, en la provincia del Agami. A fines de Junio de 1849 Nagad Ras le hizo prisionero, y recobró la libertad mediante seiscientas libras de rescate. El mismo año fué arrestado por el príncipe Warrokalli en un viaje al Choa. En Mayo de 1852 atravesó las provincias occidentales de Abisinia: disfrazado de mercader estaba vendiendo en la plaza de Dunkur, cuando los árabes reconocieron que era cristiano y echáronse encima para asesinarle. Dos soldados del príncipe Kasa, quien debía ser más tarde el «nego» (1) Teodoros, le salvaron la vida; pero se vió obligado á emprender la fuga. Al cabo de un mes le encontramos en Amba Mariam, segunda vez prisionero de Nagad Ras, costándole su libertad doscientas libras. En 25 de Agosto de 1861 fué metido en un calabozo con todos los suyos en Kaffa, y luego desterrado, confiscándosele sus manuscritos. El 30 de Noviembre del mismo año, acusado de magia por los musulmanes de Amhara, encarcelóle el rey y despues le desterró de sus Estados. En Gojam un apóstata le acusó de tramitar conspiraciones contra el príncipe: sufrió quince días de prision preventiva, y consiguió justificarse; pero tuvo que volver á Gedin. El 27 de Junio de 1863 fué arrestado en los límites orientales de Abisinia por los soldados de Teodoros. Despojado y conducido ante el Emperador, defendió con tanto valor su causa, que el déspota mandó ponerle en libertad. Semejantes vejaciones y destierros continuaron hasta estos últimos años.

«El Ilmo. Massaja recibió del célebre cardenal Mezzofanti preciosas reglas para el estudio de los idiomas. Lector en sagrada teología, el venerable misionero poseía el hebreo, que le sirvió para aprender el árabe, y el conocimiento de estas dos lenguas semíticas le facilitó el estudio de los dialectos de Abisinia. La gramática que el año 1867 publicó en París, en la imprenta Imperial, se ha hecho ya muy rara, pues los alemanes agotaron la edicion. Conforme anunciámos ya, el venerable apóstol está escribiendo una historia completa de su vida apostólica.»

**Estados- Unidos.** — Leemos en el «Catholic Review» de Nueva-York:

«El 1.º de Agosto el claustro benedictino de la abadía de San Vicente, en Pensilvania, recibió considerable número de visitantes, llegados algunos de muy léjos, para celebrar el jubileo sacerdotal del Rmo. P. Bonifacio Wimmer, decano de los abades americanos de la Orden de san Benito.

«En 1846 el P. Bonifacio, entonces de treinta y siete años, partió de Baviera, su país natal, con 18 compañeros, y vino á plantar la cruz en las colinas del condado de Westmoreland, á 40 millas al Este de Pittsburgo. El monasterio de San Vicente, muy modesto en sus principios, se presenta en la actualidad bajo la forma de un edificio inmenso, de 400 piés de largo por 160 de ancho. Domina la pequeña ciudad de Latrobe y cubre con sus praderas, sus campos de trigo, sus granjas y sus bosques uno de los más deliciosos valles de la Pensilvania occidental. Esta magnífica fundacion, debida al genio perseverante del Rdo. P. Bonifacio, le honra sobremanera.

«Los monjes, en número de 220, ejercen allí todos los oficios: los más instruidos son profesores del floreciente colegio, anejo á la abadía, que contiene 316 estudiantes: 200 sacerdotes benedictinos y un número casi igual de Hermanos coadjutores, diseminados en todo el país, del Atlántico al Pacífico, y de las colinas de Minnesota á los arenales de la Georgia y de las Carolinas, consideran la abadía de San Vicente como la cuna y el Monte-Casino americano de su Instituto.

«Todos los abades y obispos americanos de la Orden de

(1) Nombre de los emperadores de Abisinia.

san Benito se dieron cita el 1.º de Agosto en dicho monasterio, donde asistieron á la misa pontifical celebrada por el venerable P. Bonifacio. En el santuario tomaron lugar, además del Ilmo. Tuigg, de Pittsburgo, obispo diocesano, los Ilmos. Marty, Fink, Seidenbush y más de cien sacerdotes, venidos de todas direcciones.»

— El Ilmo. Blanchet, antiguo arzobispo de Oregon-City y administrador del vicariato apostólico de Idaho, cuya dimision anunciámos oportunamente, ha escogido para pasar en el retiro los últimos años de su vida el hospital de San Vicente de Portland, servido por las Hermanas de la Caridad que hizo venir de Montreal en 1875.

Al resignar su Sede arzobispal el venerable Prelado publicó una carta pastoral de despedida, de la que damos el siguiente extracto:

«Despues de sesenta y dos años de presbiterado, cuarenta y tres de trabajos apostólicos en este país, y treinta y seis de episcopado, podemos decir con el Apóstol: «Se acerca el tiempo de mi disolucion...» En 1838 vinimos del Canadá á llevar el Evangelio de la paz á esta extremidad occidental del continente americano con el Ilmo. Modesto Demers, primer obispo de Vancouver. Allí donde entonces sólo vimos «las tinieblas y la sombra de la muerte,» florecen hoy multitud de Misiones, fervorosas Comunidades, un clero celoso y un pueblo firmemente católico. Tocando ya la edad de ochenta y seis años, sentimos que «nuestra generacion toca á su fin (1).» Ha llegado, por lo tanto, la hora de retirarnos á la soledad «para repasar ante Dios todos nuestros años en la amargura de nuestra alma (2).» A Dios, pues, vosotros muy amados y venerados hermanos nuestros en el sacerdocio, que tantas veces nos habeis consolado y sostenido en los días de tribulacion. A Dios, queridas hijas, vírgenes cristianas, esposas de Jesucristo, que nos habeis edificado y regocijado con el perfume de vuestras virtudes. A Dios, piadosos cristianos, objeto de nuestra paternal solicitud. A Dios, jóvenes que sois la esperanza de la Iglesia de nuestro país, y vosotros, niños muy amados de Cristo, tan caros á nuestro corazon. Os dejamos, pero con la firme confianza de volveros á encontrar para siempre en el cielo. No olvidéis á vuestro anciano Padre que os ama tiernamente; perdonadle sus faltas; rogad para que le sean perdonados sus pecados cuando será llamado á dar cuenta de sus actos al supremo Juez...»

— De una carta del Ilmo. Janssens, obispo de Natchez, tomamos el siguiente pasaje:

«En mi próxima visita pastoral pienso recorrer Misiones muy extensas, tales son las del rio Jordan, del rio de los Lobos y del rio de las Perlas. Mi predecesor pasó quince días, yendo de una á otra estacion, celebrando misa en las seis capillas de aquellas comarcas. Muchos católicos viven diseminados en bosques cortados por numerosas quebradas que á menudo hacen los viajes impracticables. Efectivamente, en la estacion de las lluvias dichas quebradas se llenan de agua, y el misionero, sorprendido á veces por la borrasca y cercado por los torrentes en todas direcciones, tiene que pasarlos á nado.

«Ultimamente estuvo á pique de perder así la vida un joven misionero, el Rdo. Luis van Waesberghe. No conociendo el peligro, arriesgóse á cruzar una de aquellas quebradas, y cayendo de su vehículo fué precipitado en el torrente. Despues de muchos esfuerzos consiguió agarrarse á un tronco de árbol detenido en mitad de la corriente, y sus gritos atrajeron por fortuna á un transeunte que acudió en su auxilio. Su caballo, enredado entre las raíces de un árbol, acabó por ahogarse; el vehículo se hizo trizas, y todos los ornamentos y objetos que llevaba habian desaparecido.

(1) Isaías, xxxviii, 12.

(2) Ibid. 15.



«La mayor parte de los moradores del golfo de Méjico son criollos, descendientes de los franceses. Hablan el francés y el inglés, y los mismos negros usan en su mayoría la primera de estas lenguas. Casi todos nuestros misioneros son franceses ó belgas.»

## MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

### VII.

Abd el-Uahed.—Su muerte.—Guerras entre el-Adel, el Baezano y el-Ola.—Asesinato de el-Adel.—Proclamacion de Yahya.—Fernando III da 12,000 hombres á el-Mamun.—Guerras entre éste y Yahya.—Muere el-Mamun y le sucede er-Raxid.—Sus guerras con Yahya.—Muerte de éste y de er-Raxid.—Abu el-Hassen Said.—Turbulencias.—Abu Hafs.—Sublevacion de Abu Debbus.—Muerte alevosa de Abu Hafs.—Muere Abu Debbus y con él la dinastía almohade.

Abu Mohamed Abd el-Uahed, hijo de Yusef ben Abd el-Mumen y hermano del célebre Yacub el-Mansur, era el único de los descendientes de el-Mumen que habia en la ciudad de Marruecos á la muerte de el-Mustansir; y por esta razon todos los jefes y magnates almohades se apresuraron á proclamarle por soberano en lugar de el-Mustansir, al dia siguiente de la muerte de éste.

Por este tiempo la ciudad de Murcia, que estaba gobernada por un hijo de el-Mansur, hermano de en-Naser y tio de el-Mustansir, proclamó sucesor del difunto emir al mencionado Abd el-Uahed, que no tardó en ser reconocido por todos los musulmanes de España. Inmediatamente Abu Mohamed el-Adel (el justo), que así se llamaba dicho gobernador de Murcia, escribió á todos los xiejes almohades de Marruecos, rogándoles que le reconocieran á él por sucesor de Yusef el-Mustansir, y manifestándoles que si obligaban á renunciar á Abd el-Uahed les daria grandes sumas de dinero, altos empleos y muchas posesiones. Los venales xiejes no tardaron en amenazar al viejo emir con quitarle la vida si él mismo no escribía y firmaba su renuncia y reconocía por soberano á el-Adel. Al siguiente dia de esta amenaza Abd el-Uahed, delante del káid, xiejes y doctores hizo completa renuncia de sus derechos y proclamó á el-Adel como *Amir el-Mumenin*. Sin embargo, no contentos los xiejes con este humillante acto del débil Abd el-Uahed, le prendieron trece dias despues y le quitaron la vida, robando además sus tesoros y todo cuanto habia en su palacio, incluso sus mujeres. Su muerte acaeció en 1224.

Con la muerte de Abd el-Uahed habia fundadas esperanzas de que el-Adel gobernaria pacíficamente y de que no tendria otros competidores; empero no fué así, pues Abu Sid, rey de Valencia, de Játiva y de Denia, no quiso reconocer la soberanía de el-Adel, y lo mismo hicieron los gobernadores de Ifrikyá y otros; el de Baeza, que era hermano de Abu Sid, hizose proclamar emir no sólo en Baeza, sino en Córdoba, Jaen y otras varias ciudades, tomando el nombre de *Baezano* á causa de haber tenido lugar su proclamacion en aquella plaza. Cuando el-Adel tuvo conocimiento de la proclamacion del Baezano, envió á su hermano Abu el-Ola, con un respetable ejército, para combatirle y obligarle á reconocer su soberanía. En efecto, habiéndole cercado en la misma ciudad de Baeza, le obligó á pedir la paz, que le fué concedida; mas apenas levantó el sitio Abu el-Ola, el Baezano se sublevó

de nuevo y pidió auxilio al rey de Castilla, Alfonso VIII, quien accedió á su demanda enviándole veinte mil hombres, en cambio de las plazas de Baeza y Quesada. El Baezano, unidas sus tropas á las de Castilla, se dirigió á Sevilla, donde empeñó un sangriento combate con las huestes de Abu el-Ola, quedando estas completamente derrotadas. Al ver el emir el-Adel derrotado su ejército dejó el mando de la Andalucía mahometana á Abu el-Ola, y él se dirigió á Marruecos, temiendo que su hermano el Baezano se apoderase del Califato, y procuró afianzar su gobierno al menos en el Magreb.

Abu el-Ola continuó defendiendo los derechos de su hermano el-Adel y gobernando en su nombre la Andalucía, hasta que en 1227 se sublevó tambien él y se hizo proclamar soberano independiente con el nombre de el-Mamun. A poco de su proclamacion escribió á todos los almohades de Marruecos anunciándoles su exaltacion al trono, y cómo habia sido reconocido por todos los musulmanes de la Andalucía, incluso los almohades que habia en España, invitándoles, además, para que le aclamaran soberano de Marruecos; en cuyo caso les prometia grandes empleos y riquezas. Los almohades magrebinos, acostumbrados ya á la traicion, no tardaron en presentarse en el palacio del emir el-Adel; y no pudiendo conseguir de él que abdicara, le quitaron bárbaramente la vida. Los xiejes de Marruecos, despues de haber cometido tan horrible crimen, enviaron su sumision á el-Mamun, pero antes de recibir la respuesta proclamaron emir á Yahya ben Abi Abd-Allah en-Naser. Todo esto sucedió en 1227.

Al proclamar los jefes almohades de Marruecos á Yahya como soberano, se proponian evitar la energía y severidad de el-Mamun; pues temian, y con razon, que éste les pidiera cuenta de la sangre que habian derramado quitando la vida á su hermano el-Adel y á su tio Abd el-Uahed. Por esta misma razon eligieron á Yahya y no á otro príncipe alguno de la familia de el-Mamun; pues Yahya era un jóven que sólo contaba entonces diez y seis años, y no tenia energía, ni disponia de medios para castigar sus crímenes. En el momento que llegó á conocimiento de el-Mamun la proclamacion de Yahya, determinó pasar al Africa para castigar á los rebeldes; empero habiendo quedado muy reducidas sus tropas á causa de las muchas peleas y combates que habia tenido que sostener en la Península para hacerse reconocer por emir, pidió al rey de Castilla, Fernando III el Santo, que le diera auxilio para vengarse de los almohades del Magreb y sujetar á los partidarios de Yahya, que ya habian sido vencidos en varios encuentros que tuvieron con algunas kabilas de árabes, que sólo reconocian á el-Mamun. El rey castellano le envió un cuerpo de doce mil hombres, despues de haber aceptado el-Mamun las cinco condiciones siguientes propuestas por el rey cristiano: 1.<sup>a</sup> entregarle diez plazas fuertes á su gusto y eleccion: 2.<sup>a</sup> si el-Mamun entraba en Marruecos habia de construir una iglesia: 3.<sup>a</sup> los soldados cristianos practicarían libremente su religion y se usarían las campanas para llamarles á la oracion: 4.<sup>a</sup> si algun cristiano quisiera hacerse mahometano no debia permitírsele, sino que entregado á los cristianos seria juzgado segun su ley, y 5.<sup>a</sup> que si algun musulman deseaba abrazar el cristianismo nadie podría oponérsele.



Reunido que hubo el-Mamun su ejército con los doce mil castellanos, se embarcó en Algeciras y pasó á Marruecos; pero apenas salió de Andalucía, la mayor parte de las provincias que se hallaban bajo su mando proclamaron por emir á Abu Abd-Allah Mohamedben-Yusef ben-Hud, conocido con el nombre de Ben el-Ahmar. No obstante esta sublevación, el-Mamun continuó su marcha, y habiéndose encontrado con las fuerzas de Yahya junto á la ciudad de Marruecos en 1230, tuvieron un reñidísimo combate, en el que el ejército de Yahya fué destrozado y éste tuvo que huir á las montañas de Atlas con los pocos soldados que pudieron escapar de la muerte. Entró el-Mamun en Marruecos, y en cinco meses que permaneció en esta ciudad hizo cortar cuatro mil seiscientas cabezas de los jefes y nobles almohades, vengando de esta suerte la alevosa muerte de su hermano el-Adel y la de su tío Abd el-Uahed.

En este mismo año la Andalucía entera sacudió por completo el yugo de los almohades, sometiéndose las provincias y ciudades que aún no lo habían hecho al mando de Ben-Hud, y con esto se limitó la autoridad de el-Mamun á los Estados que tenía al otro lado del estrecho. Continuó el-Mamun peleando contra Yahya, pero mientras fué á Ceuta para castigar á su hermano Abu Musa, que se había proclamado emir, descendió Yahya de las montañas y se apoderó de la ciudad de Marruecos, hizo matar un gran número de judíos y de Beni-Ferkhan, destruyó la iglesia que habían construido los cristianos, se apoderó de todas las riquezas que había en la ciudad, y cargado con tan rico botín volvióse á las montañas. Cuando el-Mamun tuvo noticia del saqueo de Marruecos por las tropas de Yahya, levantó el sitio de Ceuta para ir en socorro de la capital, pero antes de llegar supo que su hermano Abu Musa había entregado la plaza de Ceuta al nuevo emir andaluz, Ben-Hud. Fué tal la pena que le causó esta noticia, que murió á los pocos días, antes de llegar á Marruecos, ó sea 16 de Octubre de 1232, en las márgenes de *Uad el-Abid*.

Al día siguiente las tropas aclamaron emir á Abu-Mohamed Abd el-Uahed er-Raxid, hijo de el-Mamun y de una cristiana cautiva, á quien los moros llamaban *Habeb*, mujer distinguida y dotada de gran inteligencia, según nos refieren las crónicas árabes: lo cierto y positivo es que á su sagacidad fué debida la proclamación de su hijo como sucesor de su marido. Er-Raxid se puso en marcha para Marruecos, llevando consigo el cadáver de su padre. A su llegada á dicha ciudad tuvo que sostener una verdadera batalla con Yahya, que había vuelto de las montañas, pero al fin le obligó á huir, destrozado su ejército, y entró en la ciudad, no sin haber antes pagado buenas sumas de dinero á los cristianos que había dentro de sus muros y haber dado su palabra de perdonar á todos sus habitantes. En paz gobernaba er-Raxid la ciudad de Marruecos y casi todo el Magreb; pero en 1235 cometió la imprudencia de mandar decapitar á veinticinco jefes de la poderosa tribu de Kheluth: los hermanos de las víctimas, enfurecidos por la crueldad del emir, consiguieron arrojarle de la ciudad y proclamar á Yahya; pero poco después volvió er-Raxid con nuevas tropas y obligó á Yahya á huir á las montañas de Taza, donde fué muerto por los árabes, quienes enviaron su cabeza al emir er-Raxid. Este prosiguió tran-

quilamente en la capital hasta su muerte, acaecida en 1242, pereciendo ahogado en un baño.

Tenia er-Raxid un hermano llamado Ali ben-Edris el-Mamun, conocido más comunmente en la historia con el nombre de Abu el-Hasen Said, que al siguiente día de la muerte de su hermano fué elegido para sucederle en el mando y proclamado en la ciudad de Marruecos. En este mismo año comenzaron los Beni-Merin á conquistar las ciudades, no contentos en las inmensas llanuras que ya poseían, y Said envió contra ellos varios ejércitos, que fueron destrozados por los intrépidos Beni-Merin. Entre tanto, Yahya ben Abd el-Hakk se había apoderado de la ciudad de Mequinez; Yagmurasen ben-Zyan de Tremecen; y el gobernador de la Ifrikya había tomado el título de emir. Preludios eran todos estos de la decadencia de los almohades, que ya habían perdido en la Península española todos sus dominios y estaban próximos á perder los que aún conservaban en el Magreb. Said comprendió cuán indispensable le era hacer un supremo esfuerzo para conservar sus Estados del Africa, que se iban separando rápidamente de su corona, y para concluir de una vez con las sublevaciones que pululaban en Marruecos, especialmente desde que los xiejes almohades quitaron la vida á Abd el-Uahed.

Con este fin, pues, reunió un numeroso ejército de almohades y árabes, y de los cristianos que aún había de los doce mil que entregó san Fernando de Castilla á el-Mamun, y salió á campaña para someter á los rebeldes. Antes de llegar á Mequinez huyó Yahya á las montañas de Taza y de allí al Rif, porque se consideraba demasiado débil para sostenerse por un sólo día dentro de la ciudad, si Said llegaba á sitiaria con sus tropas, y mucho más débil todavía para poder presentarle batalla en campo descubierto. Así fué que el emir Said entró en Mequinez sin hallar oposición alguna, y después pasó á la ciudad de Fez, donde recibió el acta de sumisión que le había enviado Yahya, por lo que el emir le nombró gobernador de todo el país del Rif, dándole además ricos presentes.

Arreglados estos asuntos, partió Said de Fez el año 1247 para sitiar á Tremecen; pero á su llegada huyó Yagmurasen llevándose sus tesoros, mujeres é hijos, y se encerró con todas sus tropas en el castillo de Temsesdekt. Said tomó pacíficamente posesión de Tremecen, y continuó persiguiendo á Yagmurasen sitiándole en su castillo; empero al cuarto día de establecido el sitio, iba Said acompañado de su primer ministro á reconocer la fortaleza, y estando examinando sus fortificaciones, ambos fueron muertos por las avanzadas de los sitiados. Apenas llegó esta noticia al campo sitiador huyeron todos con tal precipitación, que dejaron en poder de los sitiados todas sus riquezas, armas, caballos y tiendas. A los pocos días de la muerte de Said, los jefes y nobles almohades que había en la ciudad de Marruecos nombraron para sucederle á un hermano suyo, llamado Omar ben es-Sid Abu Ybrahim Ishac, y por sobrenombre Abu Hafs. Luego que este príncipe recibió la noticia de su elevación al trono musulmán de Marruecos se puso en camino para la capital, donde permaneció tranquilo hasta el año 1255, gobernando pacíficamente sus Estados, que sólo se extendían desde Salé hasta el Sus. En el año citado salió de la ciudad de Marruecos á la cabeza de



ochenta mil soldados, entre los que se hallaban los cristianos que habian venido de España en tiempo de el Mamun, para atacar á Fez, donde ya imperaban los Beni-Merin, que habian establecido en dicha ciudad el trono de la nueva dinastía.

Con este respetable ejército sitió Abu Haf á Fez, pero sucedió que una de las primeras noches, un caballo principió á correr por todo el campamento; los soldados despertaron despavoridos, y creyendo que era una salida de los sitiados, cobraron tanto miedo y reinó entre ellos tal confusion, que todos huyeron vergonzosamente, dejando abandonadas sus riquezas, armas y bagajes. Ya-ya, que era entonces el emir de Fez, salió en persecucion del enemigo, si bien sus tropas se entretuvieron en recoger el abandonado botin. Abu Haf, vencido sin haber peleado, volvióse á la ciudad de Marruecos segui-

do de los soldados cristianos y de un pequeño número de xiejes que aún le eran fieles, y allí continuó hasta el año 1267, en que fué tomada por Abu Debbus.

Abu el-Ola Edris, por sobrenombre Abu Debbus, tuvo por madre á una cristiana cautiva (1) que por su hermosura era llamada *Xems* (sol). Habiendo llegado á noticia de Abu Debbus que el emir Abu Haf quería prenderle, huyó á Fez al lado de Abu Yusef Yacub, á quien propuso que le ayudara para destronar á su perseguidor, prometiendo en cambio la mitad del terreno que conquistara. Aceptó gustoso Abu Yusef, y le dió un ejército de tres mil caballeros Beni-Merin, grandes sumas de dinero y pertrechos de guerra. Con este ejército partió Abu Debbus de Fez; y desde la ciudad de Salé escribió á los jefes almohades y á los ministros que tenía Abu Haf en la ciudad de Marruecos, prometiéndoles grandes rique-



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Misionero en piragua, según dibujo á la pluma. (Pág. 11).

zas si le ayudaban á destronar á su emir. Todos contestaron ofreciéndole su adhesión y ayuda, y con esta favorable respuesta se puso en marcha para la capital. En el tránsito se le reunieron muchas tropas que estaban descontentas de Abu Haf, y con todas ellas sorprendió á la ciudad de Marruecos en 1267. Como Abu Haf no hallaba apoyo ni en sus tropas ni en sus vendidos ministros, trató de salvarse él, ya que no podía salvar su reino, y huyó á la ciudad de Asimur, donde esperaba hallar refugio, por estar gobernada por su suegro ben-Alhux. Mas éste también le hizo traición y le cargó de cadenas, avisando al mismo tiempo al nuevo dueño de Marruecos y diciéndole que podía disponer de él como quisiera. Abu Debbus le ordenó que se lo enviara á Marruecos, y en el camino le hizo cortar la cabeza.

Después de esto, cuando Abu Debbus trataba de regularizar su gobierno y de hacer que reinaran la paz y la felicidad en sus Estados, el emir de Fez, Abu Yusef, le escribió para que cumpliera lo prometido y le diera la mitad del país conquistado; pero Abu Debbus, que con el mando estaba demasiado arrogante y lleno de orgullo, se negó resueltamente á pagar la deuda que habia contraído con los merinidas. No esperaba esta respuesta Abu Yusef, que luego envió un ejército para apoyar su reclamación, y poco después él mismo salió de Fez con nuevas tropas, y encontrándose con las de Abu Debbus en los campos de Dukala, les presentó batalla, en la cual

(1) Los príncipes de los almoravides y almohades solían casarse con mujeres cristianas hechas cautivas en la guerra; y de estas uniones nacieron los caudillos más famosos de ambas dinastías.



pereció Abu Debbus, y su ejército quedó destrozado y disperso. La cabeza de Abu Debbus fué llevada á Fez, y con su muerte concluyó la dinastía de los almohades, que duró ciento cuarenta y seis años, desde la proclamación de el-Mehdi, en 1123, hasta la muerte de Abu Debbus en 1269.

## COSTUMBRES CHINAS EN KIANG-SU,

POR EL RDO. P. DESJACQUES, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

### XIII.—*Culto de los antepasados.*



ADIE ignora que los chinos tributan á sus antepasados un culto supersticioso que la Iglesia ha prohibido severamente. Sin detenernos á indagar cuál puede ser el genuino sentido de ese culto, daremos á conocer algunas de las prácticas más usadas.

Así que el féretro ha sido colocado en el gran salón, se quita la cortina, se pone el altar de la tablilla á la cabeza del féretro, se encienden algunas velas y se quema incienso. En seguida se sirve un banquete compuesto de ocho, veinte y cuatro ó treinta y dos platos con vino, y asimismo cierto número de postres con té. Es el sacrificio. Mientras los polvoristas disparan sus cohetes, y los músicos tocan hasta reventar, y las lloronas ó plañideras hacen sus lamentaciones, los concurrentes van de dos en dos á postrarse de hinojos delante de la tablilla. Cuando el humo de los platos se ha elevado á la region de los espíritus, los mortales se sientan á la mesa y se regalan con lo que los manes de los antepasados han desdeñado.

El extranjero que entrase entonces en el salón estaría tentado á creer que asiste á un convite de bodas; tan alegres están los comensales y tanta algazara mueven. Sin embargo, las mujeres irán todavía, antes de retirarse, á llorar ante el féretro.

Los paganos no reparan en conservar años enteros, en sus propias casas, los despojos mortales de sus parientes, de modo que las habitaciones están rodeadas de sepulturas y parecen convertidas en verdaderos cementerios. Y con todo los chinos tienen miedo á las almas de los difuntos. No oiréis hablar sino de aparecidos, y no hay precauciones que no tomen para librarse de sus impertinentes visitas. Así, al volver de una ceremonia fúnebre, arrojarán sus cintas á los lados del camino, en beneficio de los traperos. Antes de entrar en casa hacen encender un fuego con paja delante de la puerta, y pasan á través de la llama, figurándose que el alma del finado no podrá salvar esta barrera. En los primeros siete días las mujeres de la casa irán con escrupulosa regularidad, por la mañana al levantarse, y por la tarde al anochecer, á llorar siete veces en torno del féretro; y seservirá el arroz delante de la tablilla, como si el muerto hubiese de comer.

Los nombres y los títulos de los difuntos son llevados á la pagoda, donde son cuidadosamente conservados durante tres generaciones.

Los ricos tienen una sala de los antepasados, que por regla general es una hermosa casita construida en medio de un bosquecillo, que es el cementerio de la familia. En este que podríamos llamar santuario doméstico conservan las tablillas, y á él van cada año, por la primavera, á ofrecer un sacrificio.

Sobre la puerta principal que da á la calle clavan una tira de crespon blanco, que permanece allí hasta que el viento se la lleve á girones. Una tira de papel amarillo cortado en losanje, que se fija cada semana en la fachada de la casa, dará á conocer á los transeuntes los días que llevan de luto hasta el centésimo inclusive. Las mujeres se cubren la cabeza con una especie de visera de tela blanca, y rodean su cresta de cabellos con un crespon blanco, que sujetan con una trenza compuesta de siete cordones, de los cuales cortan uno cada semana para quemarlo religiosamente.

El día décimocuarto de la defunción vuelve á ser un día solemne. Todos los hijos y sobrinos tendrán cuidado de hacerse afeitar la víspera, porque ya no podrán hacerlo, según la costumbre, hasta el quincuagésimo día. Los bonzos van á pasar la noche salmodiando oraciones en torno del féretro, y los *tao-zés* inmolan un gallo, con cuya sangre rocían toda la casa.

En dicho día vuelven á reunirse todos los parientes, pues hasta á los que están más distantes les sería difícil hallar un pretexto que les dispensara de asistir. Cada uno ha de traer otra vez su correspondiente regallillo, y hay como en el tercer día un gran sacrificio con música y explosión de petardos. Las mujeres lloran y cantan sus lamentaciones, y todos repetirán sus genuflexiones y reverencias.

El sexagésimo día, así como el centésimo, se observarán á poca diferencia las mismas ceremonias; pero el concurso de los parientes no será tan considerable.

Pasados los cien días, el ataúd es relegado á un rincón de la casa, y allí quedará por espacio de tres ó más años, antes no se procederá al entierro. Familias he visitado que conservaban así hasta cinco ataúdes, y hame sucedido conducir al cementerio á siete de una misma familia.

Los letrados, y especialmente los mandarines, no podrán casarse en los tres años de riguroso luto, que es el que llevan por los padres. Durante este tiempo deben hacer dimisión de su cargo y vivir enteramente apartados de los negocios. Obrar de otra suerte sería faltar á la piedad filial.

### XIV.—*Entierro.*

Antes de casar al hijo se procura generalmente señalar un día para enterrar á los padres y demás miembros de la familia que hayan fallecido desde que se celebró el último entierro. Este día se participa con mucha antelación á los parientes más distantes, y todos se apresuran á acudir á la invitación, siendo una verdadera fiesta de familia, en la que cada cual ha de traer su regalo.

Quando la familia no tiene todavía cementerio propio se empieza por llamar al perito de los vientos y de las aguas para escoger un sitio favorable. Si este impostor tiene el capricho de señalar un campo de propiedad del vecino, será preciso comprarlo á cualquier precio, no faltando astutos aldeanos que explotan en provecho propio la superstición del rico.

Generalmente se abre al rededor del jardín de los sepulcros un ancho foso, porque se ha de poder llegar á él en lancha, medio ordinario de transporte en este país. En la parte exterior del foso acostumbran plantar una hilera de olmos, y en la interior un seto vivo encerrando



un bosquecillo de cipreses. La entrada mira siempre al Mediodía. En la parte anterior se levanta la galería de los antepasados con dos ó tres salas de espera y las habitaciones de la familia del guarda. Como aquí se encuentra el agua á dos ó tres piés de profundidad, hay que construir los sepulcros sin ahondar. Estos son de ladrillo, contruidos con mucha solidez, abovedados y casi del mismo grandor que el ataúd.

El día señalado para el entierro se reúne toda la parentela, y se vuelve á tomar el luto riguroso, figurando los músicos y pirotécnicos en gran escala. Se sacan los ataúdes de los ángulos á donde fueron relegados; se les coloca por orden en un salón colgado de blanco, y á menudo se les cubre con un hermoso tapiz encarnado. Hacia el medio día se celebra un banquete, en el que no se sirve nada que haya tenido vida, y después de confortado el estómago se organiza la fúnebre procesión. Abren la marcha dos largas trompetas en lúgubre són, y en pos vienen todas las insignias de las dignidades á que tienen derecho los miembros de la familia. Siguen otros llevando faroles, manojos de lingotes de papel plateado ó dorado, casitas de paja, palanquines de papel, etc. Todos estos empleados son miserables pordioseros, quienes han vestido un sobretodo de tela blanca, y ceñido la frente con una ancha cinta de la misma tela. Sigue la música, que repite siempre el mismo estribillo, tan alegre para los entierros como para las bodas. Los hijos y nietos van delante de los féretros, llevando en la cabeza una especie de mitra de paja groseramente trenzada, ceñida la frente con la cinta, vestidos con una bata de tela cruda, una cuerda de paja en la cintura, y sandalias de la misma materia. El hijo mayor lleva un bastón envuelto en crespon blanco, y anda para atrás. En el momento de salir los ataúdes las mujeres entonan sus lamentaciones, lloran, sollozan y se desesperan; de modo que el espectáculo sería desgarrador, si no se supiese que todo es pura comedia. Al llegar los ataúdes á la calle, la gente ínfima los sigue á pié, y las personas acomodadas en palanquín.

Ya se ha tenido la precaución de depositar en veinte parajes distintos arroz, carne y vino para los muertos; pero de hecho los que se lo comen son los mendigos ó los perros. Durante todo el trayecto se sueltan petardos, se queman lingotes de papel plateado, siémbrense puñados de largas tiras de papel cortado en forma de sapeques; fijaselas en los arbustos, en los setos y en bambúes plantados en tierra; el viento las hace flotar y las dispersa al azar en mil girones. Quémanse, además, allá y acullá delante de las casas, en las encrucijadas, en las cercanías de los puentes, etc., unas cestas llenas de lingotes ó rollos de papel plateado, todo dirigido á los manes.

Si está muy distante el cementerio, generalmente se hace el trayecto en barca, y de este modo se está libre de la multitud de curiosos; pero cuando la distancia es excesiva, se contentan con poner en las barcas todas las insignias y los otros objetos, y no acompañan á los restos sino un reducido número de empleados con los más próximos parientes.

Al llegar la comitiva al cementerio, los ataúdes son colocados delante de las respectivas tumbas; todos los que llevan el duelo se postran tres veces, y las mujeres

repiten de nuevo sus lamentos y sollozos. Tapiada la boca de la tumba, queman las casitas de paja, los palanquines de papel, los lingotes plateados, y se disparan los últimos petardos. Las tumbas quedarán sepultadas en seguida bajo un montón de tierra, formando una especie de terrementeros: las más nobles afectan la forma de una herradura de caballo, y la entrada ó el frontis está adornado con estatuas de piedra bastante mal contruidas, que por lo común representan mandarines y caballos.

#### XV.—*Diversas observaciones.*

Los comerciantes chinos establecidos en el extranjero compran en común un terreno en el que levantan inmensos edificios en los que depositan sus muertos, que permanecerán allí ocho ó diez años hasta que las familias puedan hacerlos trasladar al país natal para ser enterrados en el sepulcro de los antepasados. Esas traslaciones se verifican, no solo de una provincia á otra, sino también de la China á Manila, á Singapur, á Batavia, á California. Muchas veces los chinos me han preguntado: «Padre, ¿es verdad que en las embarcaciones europeas los que mueren en una larga travesía son arrojados al mar?» Este solo rasgo es á sus ojos más que suficiente para justificar la calificación de bárbaros que se complacen en darnos.

Otra particularidad es que en China no se lleva luto por los inferiores, ni aún por los iguales. Llevar luto por alguno es el último testimonio que se le da de sumisión y respeto. Así, el padre no se vestirá de luto por la muerte del hijo, ni la madre por la de la hija, ni aún el marido por la de su esposa. El orden de la sociedad descansa sobre la jerarquía de la familia, y esa jerarquía está perfectamente determinada. El padre y la madre ocupan el primer rango, y siguen los hijos por orden de edad. Al morir los padres, el hijo mayor entra á gozar de todos los derechos de la paternidad con respecto á sus hermanos. A él le toca hacer las ceremonias y sacrificios de los antepasados; su sepultura ocupa un lugar distinguido entre las de la familia; él guarda los archivos, los retratos de los antepasados, etc.

Un mandarin, aún cuando lo sea de primer orden, tendrá que ceder siempre el lugar preferente á su hermano mayor en el interior de casa, bajar de caballo ó de la silla si le encuentra por la calle, ir á postrarse delante de él el día de año nuevo, en la época de su matrimonio, en el nacimiento de un hijo, etc., y esto aún cuando el hermano mayor no fuese más que un rústico labriego. Los mandarines deben observar estrictamente estas reglas, so pena de verse acusados ante sus superiores. No son frecuentes, sin embargo, las ocasiones de faltar á ellas, pues los mandarines no ejercen sus funciones en la provincia de su naturaleza.

Todos los años, al empezar la bella estación de la primavera, se consagran quince días á la conmemoración de los difuntos. Repáranse entonces los cementerios y los sepulcros, y la gente va á postrarse ante ellos, á llorar y quemar rollos de papel plateado. La campaña ofrece un aspecto muy animado; toda la población sale al campo, y cada familia va, como á una partida de placer, á visitar la tumba de los padres, á la manera que en nuestro país se va á la viña en tiempo de la vendi-



mia. Hay también la costumbre de hacer sacrificios á los antepasados en ciertas circunstancias particulares, por ejemplo despues de un casamiento, al nacer el heredero, cuando los adivinos declaran que los antepasados se quejan de ser echados al olvido ó amenazan con alguna calamidad.

Encuéntrense entre los paganos, si bien rarísimas veces, gentes que se entregan á la penitencia, á las obras de caridad y á la oracion, siendo los más célebres los que sólo se alimentan de yerbas, imponiéndose la obligacion de no comer nada que haya tenido vida animal. No conocen otra obra buena que la limosna, y su rosario consiste en decir á cada grano: «O-mi-tu-wei,» lo cual es el nombre de Amida-Fo pronunciado en el patués de Song-kiang. Repitenlo hasta la saciedad sin saber siquiera que es un nombre propio. Hay una oracion á la cual se atribuye una virtud extraordinaria, y consiste en decir repetidas veces postrándose y golpeando el suelo con la frente las siguientes invocaciones:

¡Gran santo del cielo del medio!  
¡Viejo rey del polo Norte!  
¡Venerable anciano del polo Sur!  
¡Os adoramos de todo corazon!

Las personas ricas hacen celebrar por sus difuntos un funeral más solemne, que estriba en invitar á gran número de bonzos y de *tao-çés*, con música, fuegos artificiales y petardos, lo que dura tres dias y tres noches. Los bonzos empiezan adornando el salon con ricas colgaduras y con una brillante iluminacion, siendo este el santuario donde cantarán la mayor parte de sus oraciones durante el día. Por la noche se hacen procesiones.

La primera noche es una expiacion de los pecados. La ceremonia más notable consiste en poner en tierra arroz y unas lamparillas llenas de aceite; luego, allá y acullá, unos paquetitos de sapeques atados con cuidado y escondidos en tejas huecas. Hechos estos preparativos, llegan los bonzos en procesion, con linternas en la mano: unos traen puesto un inmenso sobrepelliz de seda amarilla; otros van revestidos con magníficas dalmáticas bordadas; y por fin siguen los más altos dignatarios con capa, mitra y báculo. La procesion se adelanta cantando; luego, á medida que va desfilando por en medio de las tejas, los grandes bonzos las rompen con los báculos, y sus asistentes recogen los sapeques y los desatan al son de la música. Con esta ceremonia pretenden abrir

las puertas del infierno, de suerte que, si por casualidad el alma estuviese retenida en él, saldría libre.

La segunda noche es una apoteosis. Con tablas y banquillos sobrepuestos se construye un puente tan alto como poco sólido, y en un momento dado los bonzos vienen procesionalmente cantando como la víspera y cada cual con su linterna. Esta vez acompañan al hijo mayor de la familia, el cual, con gran ceremonia, lleva al extremo de una percha una larga banderola en la que está escrito el nombre de su difunto padre.

Al llegar al puente, la procesion, segun las reglas, habria de subir á él y atravesarlo; pero de ordinario los bonzos desfilan á uno y otro lado por tierra firme, y dejan que el heredero lleve á cabo solo esta peligrosa comision. Si por casualidad no se atreviese, como sucede con harta frecuencia, se alargaria la percha para que á lo menos la banderola haga la ascension y pase el puente en medio de músicas, detonaciones y fuegos artificiales. Es el alma del padre que sube al cielo.

La tercera noche se celebra el banquete de los dioses. Arreglan un gran estrado adornado de colgaduras y brillantemente iluminado, y en medio de él erigen un altar lleno de candelabros y jarrones de flores. En ese altar se coloca un gran *pu-ssab*, y delante de él dos platos de arroz. Los bonzos vienen también en procesion, con el mismo aparato que las noches precedentes, con sobrepellices amarillos y dalmáticas, y se ponen en fila á cada lado, donde se les ha preparado banquillos *in plano*. El celebrante y cuatro asistentes revestidos con capas suben al

estrado, llevando cada uno de ellos un *pu-ssab* de papel, los cuales depositan en otras tantas mesas adornadas, que se han dispuesto á uno y otro lado del altar. Asimismo hay preparados cinco sillones para los oficiantes. Mientras se quema incienso y se consumen las velas, el coro canta, ora sentado acompañándose con instrumentos, ora en pié y haciendo no pocas reverencias. De cuando en cuando el celebrante arroja puñados de arroz á las narices de los diablos. Esta ceremonia ha de durar hasta despues de las doce de la noche, en que á una señal dada se hace una hoguera con casitas de paja, cestas, rollos de papel plateado, palanquines de papel, etc., y se quema la banderola que sirvió para la apoteosis de la noche anterior. Tiénese, además, cuidado de poner acá y acullá arroz, carne y vino, de que se aprovechan los perros y los mendigos.



Ilmo. JUAN NEPOMUCENO DE MARWITZ, obispo de Culm. (Pág. 12).



## XVI. — Conclusion.

El lector puede comprender cuán fácilmente el entierro de un padre es la ruina de pequeñas fortunas. Todo el que posee algo se cree en el deber de amoldarse á los usos y costumbres, y hay quien difiere el enterrar sus muertos por espacio de diez, quince ó veinte años, porque le falta dinero para hacerlo ostentosamente. La mayor parte contraen deudas onerosas, á riesgo de agobiarse con ellas á su posteridad.

Pero hay una clase muy numerosa que vive con el trabajo de sus manos, y cuyos usos son más sencillos. El que no tiene más que un pequeño campo y un pequeño comercio cava en su campo una fosa, la llena de cal, deposita en ella el féretro y levanta encima un oterillo. El que no tiene comercio, sino simplemente un pequeño campo y sus brazos para trabajar, se limita á depositar el ataúd sobre el suelo, en un ángulo de su campo. Algunos rodean el ataúd de una pared de ladrillo, con un cobertizo: otros lo envuelven en paja, que renuevan cada año; y muchos lo abandonan á la intemperie de las estaciones hasta que se caiga á pedazos.

La caridad de los ricos suele procurar á los que no tienen ni un pequeño campo, sitios públicos en donde puedan depositar sus ataúdes, y aún hay oficinas de caridad para proporcionar cajas gratis á los que no tendrían medio para comprarla. Con harta frecuencia sucede que las cajas depositadas á lo largo de los canales y caminos esparcen un hedor nauseabundo, y esto no solamente en el campo, sino hasta en ciudades como Shang-hai y Song-kiang.

Antes de ser admitidos los misioneros á ejercer el ministerio en China, se obligan con juramento á apartar á los cristianos de toda costumbre supersticiosa; precaución que se ha creído necesaria por la razón de que los chinos tienen un apego obstinado á sus ceremonias, no por espíritu de error ó por malicia, sino únicamente porque las han recibido de sus antepasados; de suerte que, si no se iba con cuidado, acabarían por ser cristianos de nombre con un exterior todo pagano.

Debemos, pues, mostrarnos severos en la práctica, y de hecho no permitimos á nuestros cristianos muchas cosas que no suscitarían la menor dificultad en Europa: así, les prohibimos arrodillarse al pie del ataúd, aún para rezar las oraciones de los difuntos.

¿Cuándo llegará el día en que toda esta tierra tan hermosa reconozca y adore al Dios del cielo; en que estos millones de hombres, por otra parte tan inteligentes, doblen la cerviz al yugo del Señor y se postren de hinojos ante su altar?

## SUEMA, Ó LOS INFORTUNIOS DE UNA MUJER ESCLAVA.

**L**A repugnante lepra de la esclavitud, que ataca al hombre en lo físico y en lo moral, que le degrada y le envilece á un mismo tiempo, que lo entrega á los más crueles sufrimientos, se ostentaba con todos sus horrores hasta hace pocos años en las costas de Zanguebar. El P. Horner, superior de aquella Misión, consuelo del mundo católico por su celo de apóstol y lumbrera del mundo científico por los descubrimientos con que ha ilustrado la ciencia geográfica, ayudó poderosamente al embajador inglés, sir Bartle Frere, á conseguir del Sultan de aquel país la abolición del tráfico de negros. En las cartas de este misionero, llenas de noticias interesantes y curiosas sobre las tribus que pueblan aquellas regiones, están consignados muchos rasgos cuya lectura causa horror y despierta al propio tiempo sentimientos de ternura; pero hay uno que parece pasar los límites de la verosimilitud. Para darle crédito se necesita tener presentes los testimonios irrecusables que nos garantizan su autenticidad. Es la historia de la esclava Suema, referida por ella misma á las Hermanas del huerfanato del Padre Horner.



ARGELIA. —El H. Roy, de la Compañía de Jesús, y cinco árabes. (Pág. 13).

Suema pertenecía á una tribu situada al Este del Niasa, uno de los lagos del interior del Africa. En su niñez vivía feliz con sus padres y hermanos, cuando un día, en una cacería, vió caer á su padre en las garras de un león que le arrastró á la selva. La madre de Suema quedó viuda, y huyó de allí con sus hijos y con la miseria, que desde entonces no cesó de perseguirla. Los hermanos de Suema murieron, y ella quedó á su madre como único consuelo, viviendo juntas en una choza miserable.

Un día llegaron unos negreros con objeto de dar una batida en el país, y hallándola sin defensa se apoderaron de la niña y se disponían á llevarse también á la madre; pero ésta, suplicando y ofreciéndose para llevar carga en la caravana, consiguió que no la separasen de su hija.



Nada más cruel é inhumano que una caravana de esclavos. Se les ata una larga cadena que llevan al cuello, y así se les hace marchar durante días enteros al través del desierto, sin tregua ni descanso, cargados con fardos pesadísimos; y si llegan á acortar el paso, rendidos por la fatiga y las privaciones, sus feroces guardianes les hacen apresurar el paso á latigazos.

Los que rendidos por la debilidad caen en tierra son abandonados para que sirvan de pasto á las fieras. Se ha visto muchos jefes de esas caravanas cortar los pies á algunos de aquellos desgraciados para aterrar á los otros, y quitarles por este medio toda idea de fuga, toda esperanza de libertad. Las víctimas de tantas crueldades perecen en número considerable antes de llegar á la costa. Los sobrevivientes llegan en estado lastimoso.

La madre de Suema habia contado con fuerzas superiores á aquel trabajo; pero pronto fué incapaz de llevar por más tiempo un pesado diente de elefante con que la habian cargado. Siendo ya inútil para la caravana, la privaron de su racion de alimento. Suema quiso desde luego partir la suya con su madre; pero, al ser descubierta por los guardianes, fué azotada hasta sacarle sangre en castigo de semejante delito. Los días siguientes tuvo la pobre niña el dolor de ver á su madre consumirse de inanición.

Los esfuerzos de la desgraciada para no quedarse atrás eran cada vez más penosos, y no hacian otra cosa que retardar el momento fatal en que, agotadas por completo sus fuerzas, no pudiese seguir. Cayó en efecto sobre la arena, y la caravana continuó su camino, arrastrando consigo á Suema, la que, viendo que cada paso la alejaba más de su madre, abandonada en la soledad del desierto, no pudo reprimirse, emprendió la fuga en medio del silencio de la noche y volvió en busca de su madre.

Encontróla en el mismo sitio en donde la habian dejado: las aves de rapiña revoloteaban en torno de ella, esperando que exhalase el último aliento para devorarla. La presencia de la hija reanimó á la madre moribunda, abrió los brazos, y estrechando á Suema contra su corazón, la arrulló con dulzura, murmurando á su oído amorosas expresiones. Agobiada Suema bajo el peso de tan tristes sentimientos, acabó por dormirse; mas de súbito se sintió sacudirse bruscamente. Su madre la estrechaba contra su seno con tanta fuerza cuanta empleaban unos hombres crueles para arrancarla de sus brazos. Eran los mismos de la caravana, que volvian en persecucion de la fugitiva. «Dadle á la vieja para que suelte la presa,» dijo el jefe de la partida; y una lluvia de golpes cayó sobre la madre de Suema, que prorumpia en gritos lastimeros. La madre abre los brazos, y los verdugos se apoderan de su víctima, á la que arrastran casi exánime.

Quebrantada de cuerpo y de espíritu, la infortunada vivia apenas cuando llegó á Zanzibar, capital del Zanguebar, donde se hacia el mercado de esclavos, muy cerca de la Mision. Los desgraciados á quienes cupo la misma suerte que á Suema fueron conducidos con ella y abandonados en aquel lugar como un rebaño ó como una mercancía cuyo precio está en relacion con su probable producto. Allí estaban los esclavos mezclados y confundidos, los más de ellos descarnados y extenuados por la fatiga y por las privaciones de todo género que sufrieron en una larga y forzada marcha. Muchos no te-

nian ya aliento para sostenerse en pié, y permanecian sentados, taciturnos y con la mirada fija; parecian embrutecidos y como insensibles ya á fuerza de sufrir. Cuando un comprador se acercaba para examinarlos, los hacia voltear por todos lados y en todos sentidos, correr, saltar y mostrar los dientes, para asegurarse de su buen estado, ni más ni menos que como si se tratase de la venta de animales.

El conductor de los esclavos, al hacer la inspeccion de su mercancía, vió á Suema tendida en tierra en la plaza del Mercado. Desde entonces no pensó sino en desembarazarse de ese artículo averiado.

—No hay que hacer más que enterrarla, dijo: exhalará su último aliento antes de llegar al cementerio...

Envolvieron á la niña en una estera, que cosieron como un saco; luego la arrojaron á un foso y la cubrieron con una leve capa de arena. Habia perdido el conocimiento, y cuando volvió en sí fué para comprender que la habian enterrado viva. Los gritos que dió forcejando para respirar, atrajeron una partida de chacales, que comenzaban á devorarla cuando un jóven cazador, llevado allí por la Providencia, los hizo huir y transportó á Suema al hospital de las Hermanas. Los afectuosos cuidados que en él recibió le devolvieron la vida. Oculta en el huerfanato é instruida en las verdades de la Religion, la jóven manifestó pronto su deseo de recibir el Bautismo y de hacer su primera Comunión.

Mas en aquella alma sincera se habia levantado un obstáculo, al parecer invencible; no podia perdonar al bárbaro que habia hecho perecer á su madre y que á ella misma le habia hecho sufrir tan horribles torturas. Un día, sin embargo, la Hermana que dirige la casa de huérfanos se acercó á Suema para decirle que le ayudase á cuidar á un moribundo que habian traído al hospital. La jóven se acercó al lecho y dió un grito: habia reconocido á su perseguidor. En ese momento supremo un último esfuerzo de la gracia divina triunfó de la resistencia que oponia la naturaleza humana. Suema, al prodigar sus cuidados al moribundo, sintió extinguirse su resentimiento. Este acto heroico de una alma escogida la hizo digna, no sólo de la gracia del Bautismo, sino de la vocacion religiosa.

Suema es hoy del número de las Hermanas del convento de Zanzibar.

## Á TRAVÉS DE LA INDIA.

### IX.

#### LA CAZA DEL TIGRE.



UNQUE muy comun en toda el Asia, exceptuadas las altas mesetas del Tibet, el tigre se encuentra con más frecuencia sobre todo en la India, en la Birmania y en la península malaya. Allí solamente es tambien donde se le caza de una manera metódica.

El Sr. Fayrer, muy hábil y versado en este peligroso ejercicio, dice que el tigre aventaja al leon en corpulencia, en fuerza, en actividad y en belleza. Ha tenido ocasion de medir varios de estos animales, por supuesto, despues de muertos, y en general les ha encontrado una longitud de diez piés desde la nariz hasta la extremidad de la cola.



El tigre es feroz, y más aún la hembra. El Sr. Fayrer cuenta la siguiente aventura de un coronel inglés que en una cacería hirió á un tigre de esta especie. Iba dicho militar en un *bowdah* (pabellon), encima de un elefante. De un salto échasele encima la fiera, apoyando las patas traseras en la cabeza del paquidermo, y las de delante en los bordes del pabellon. El coronel fué arrojado á tierra en un abrir y cerrar de ojos, y no hubiera podido contrarlo si al animal no le hubiese alcanzado una segunda bala que le dió muerte instantánea.

Créese que montados en elefantes los cazadores están más seguros, pero es un error. Por otra parte no se toma esta posicion por eleccion. En la India los juncales tienen una elevacion de más de doce piés, y por consiguiente seria imposible cazar á pié. En esos peligrosos parajes es donde suelen sobrevenir los más serios percances. Una destreza consumada y una sangre fria imperturbable no siempre son suficientes para garantir contra sorpresas de un tigre mortalmente herido y que la agonía vuelve furioso.

En general el tigre no ataca al hombre, pero si se encuentra en lucha con éste, pierde todo temor, y la sangre de que una vez ha gustado parécete preferible á toda otra comida.

Despues de la insurreccion inda los indígenas fueron desarmados, y á esta circunstancia debe atribuirse el aumento de los tigres en el Indostan. Sus estragos han sido espantosos, de manera que, segun datos oficiales, sólo en el Bengala inferior y durante un período de seis años han perecido víctimas de la ferocidad de los tigres 4,218 personas.

Entre estos animales contábase uno que en menos de un año dió muerte á 127 individuos y barrió un camino público hasta que fué derribado por un cazador inglés.

Tal es el terror que inspiró este rey de los juncales, que á veces quedan abandonados pueblos enteros y paralizado todo cultivo en las comarcas vecinas.

Muchos indos se dedican á la caza del tigre; no obstante, multitud de ellos imaginan que su cuerpo es residencia de un espíritu maligno, y no le matarían por temor de represalias. La gente del campo es en ciertas localidades tan supersticiosa en esto, que no se atreve á llamar al tigre por su nombre, sino que se contenta con decir: la bestia. Es creencia casi general que su carne, y sobre todo el corazon, si se comen, dan fuerza y valor. Las garras son conservadas como talismanes.

## EFEMÉRIDE.

17 ENERO 1860.—*Edicto de Tu-Duc, rey de Anam, contra la religion cristiana.*

Despues de la expedicion franco-española se sucedieron con rapidez los edictos de persecucion. En el mes de Octubre de 1859, Tu-Duc mandó prender á los principales cristianos, y hacer una lista de todos los demás desde la edad de quince años. En el mes de Diciembre siguiente otro edicto condenaba á muerte á todos los mandarines cristianos, debiendo sufrir inmediatamente la pena los de los grados superiores, y prorogarse la de los inferiores.

Un mes despues, el 17 de Enero de 1860, apareció un nuevo edicto del tenor siguiente:

«Hace ya mucho tiempo penetró en nuestro reino la

perversa religion de los cristianos, esparciéndose por toda partes y seduciendo al pueblo. Severos edictos la prohiben, y se castigan sin misericordia los cristianos que se denuncian; pero esas gentes son tan profundamente ciegas, que gran número de ellos permanecen adictos á esa religion.

«Cuando los buques salvajes vinieron aquí, sin ningun motivo, é introdujeron la perturbacion y el desórden en las provincias de Quang-Nam y de Giadinh, sin alcanzar, no obstante, ningun éxito, y pidieron hacer alianza con nosotros, suplicándonos que concediéramos la libertad religiosa, es evidente que á esos bárbaros no les llevaba á estas regiones otra intencion. Los sectarios más notables de esa religion perversa piensan que ante la súplica de esos bárbaros revocarémos tal vez los edictos que la prohiben: estamos plenamente persuadidos de que alimentan esta esperanza en el fondo de su corazon; por lo que es necesario castigarlos de una vez para siempre, y separar el buen grano de la mala semilla, el pueblo fiel de esa canalla, desvanecer, en fin, esas pérfidas esperanzas.

«Los mandarines de las provincias conocen claramente el número de esa canalla, los sitios donde mora y la manera con que se conduce. Hemos publicado un edicto por el cual ordenamos á los mandarines de las provincias que busquen y prendan á los más señalados y que son como sus jefes. No hemos hablado de los viejos, mujeres y niños; nada hemos dicho de los jóvenes que permanecen en actitud pacífica; mas en cuanto á los que alimentan sentimientos hostiles en el fondo de su corazon, es preciso separarlos y distribuirles por las poblaciones vecinas, sometiéndoles á la vigilancia de agentes fieles. De manera que hemos designado claramente á los que es preciso prender, á los que conviene dispersar y á los que se les debe dejar tranquilos...

«Todos los mandarines de las provincias deben enterarse perfectamente de este edicto y llevarlo á cabo con exactitud en sus respectivas provincias. Hay poblaciones que se componen completamente de esa canalla, otras en que el buen pueblo y la canalla figuran á medias, y otras en que la canalla está en corto número. Es preciso prender á todos sus jefes, así como á las mujeres que llevan cartas y noticias; pero á los que permanecen tranquilos, á los que apostatan sinceramente, á los incapaces, viejos, mujeres y niños es necesario dejarles en sus poblaciones, y confiarles á la vigilancia de agentes escogidos en las poblaciones vecinas. En cuanto á los que parezcan tener sentimientos hostiles, es preciso distribuirles por las poblaciones vecinas y confiarles á la vigilancia de los jefes de canton y de los alcaldes. En las poblaciones donde la canalla esté en corto número, los buenos se encargarán de vigilarles, sin necesidad de elegir agentes de las poblaciones vecinas; sin embargo, es necesario prender á los jefes de la canalla, así como á todos los que parezcan sospechosos: los demás podrán permanecer en sus casas, bajo la vigilancia de las autoridades locales.

«Todo lo que acabamos de exponer atañe particularmente á los prefectos y subprefectos, cuyos mandarines deben hacer el empadronamiento de los jóvenes de quince años arriba, y fijar dias para pasarles revista, á fin de asegurarse dónde se hallan; y si algunos están ausentes deberá prenderse á los encargados de vigilarles, castigándoles y obligándoles á presentarles, en la inteligencia que si no pudiesen dar con ellos, será preciso castigarles muy severamente por su negligencia. Los prefectos y subprefectos que no llenaren cumplidamente su deber serán castigados de la misma manera. Segun estas medidas, se separará los buenos de los malos, y si algunos se hallan animados de sentimientos hostiles, se verán obligados á renunciar á ellos poco á poco, y se convertirán en buenas gentes.

«Todos los mandarines deben fijar su atencion en los ar-



tículos de este edicto y atenerse á ellos estrictamente: si algunos, siguiendo sus ideas particulares, se separasen de lo prescrito como otras veces, serán castigados como transgresores de la ley, pues no estamos en el caso de vernos obligados á fatigarnos continuamente para darles instrucciones. Por todo lo demás es menester conformarse con los antiguos edictos.»

## NECROLOGÍA.

**Yun-nan (China).**—El Rdo. Mandart escribe al Superior del Seminario de las Misiones extranjeras: «Cumplo con un triste deber comunicándoos la muerte del Rdo. Debaye, mi compañero de apostolado, ocurrida el 2 de Noviembre de 1880. Hacia un año y medio que estaba instalado en Pien-Kio, y los cristianos confiaban tener largo tiempo en su compañía un Padre que, por su edad y su humor siempre igual, parecía deber conseguir felices resultados en estos tristes países. Pero ¡ah! no se había contado con la peste. Apenas apareció la señal precursora, es decir desde que los ratones comenzaron á reventar, el Rdo. Debaye comprendió el peligro y exhortó á sus cristianos á huir sin pérdida de tiempo; y viendo que no se hacía caso de sus consejos, quiso obligar á sus neófitos á emigrar, partiendo el primero. Este recurso dió al principio algun resultado, y algunas familias de la cristiandad de Pien-Kio huyeron á la montaña. Pero la mayor parte se habían quedado en el pueblo, y pocos dias despues de su partida el Rdo. Debaye fué llamado para auxiliar á las primeras víctimas. Corrió al punto, y ante la violencia del azote quedóse en el puesto del peligro, y allí le atacó la peste.

«Prevenido á tiempo, pude llegar á su lado el 2 de Noviembre. Al verme incorporóse y dijo:

«—¡Ah! Llegásteis al fin! Creo se acerca mi hora.

«En efecto, no había que formarse ilusion alguna. Administréle los últimos Sacramentos, que recibió con todo conocimiento, y poco despues rindió el último suspiro en medio del llanto de todos sus cristianos.»

El Rdo. Arturo Debaye había nacido en 13 de Noviembre de 1851 en Bouvancourt (diócesis de Reims); entró en el Seminario de las Misiones extranjeras en 30 de Setiembre de 1874, y partió para el Yun-nan en 29 de Noviembre de 1877. Llegado á su Mision dedicó los seis primeros meses al estudio de la lengua del país, y apenas restablecido de una larga y dolorosa enfermedad, quiso dirigirse á Pien-Kio, distrito que le habían señalado sus superiores. Aquel

sitio sonreía tanto más á su ardiente caridad, cuanto había sido santificado con la heróica muerte de dos de sus predecesores: el Rdo. Baptifaud, que sucumbió á los golpes de los paganos, en medio de sus neófitos, cuyos peligros había querido compartir; y el Rdo. Tchao, sacerdote indígena á quien acometió la peste cuidando á sus cristianos heridos por tan terrible azote.

Apenas instalado en Pien-Kio, el Rdo. Debaye se consagró sin medida al bien de su grey. Sus fuerzas le hicieron pronto traicion, y una fiebre maligna le condujo dos veces á las puertas del sepulcro. A pesar de su habitual debilidad, nunca se creía con derecho para tomar reposo. Al fin sobrevino la peste, y la abnegacion del jóven misionero no paró hasta sacrificar su vida.

**Africa central.**—Nos ha sorprendido dolorosamente la noticia de la muerte del Ilmo. Daniel Comboni, vicario apostólico del Africa central. Sobre sus últimos momentos encontramos en el «Verona Fedele» los interesantes detalles que van á leerse:

«Las fatigas extraordinarias de una excursion de cuatro meses á El-Obeid, á Delen y á las montañas de los Nubas habían arruinado la salud del gran apóstol de la Nigrigia, que regresó á Khartum, falto de fuerzas, el 9 de Agosto. Su robusta constitucion había recibido un golpe tan profundo que no podía menos de hundirle. Durante muchas semanas, sus noches pasadas sin dormir, y sus dias empleados en sostener una voluminosa é importante correspondencia con Europa y con los diversos puntos de la Mision, no eran á propósito para calmar el fuego interior que le devoraba.

«No obstante la decadencia de sus fuerzas, que le impedía ir á la iglesia, el activo y animoso Prelado continuó celebrando misa en su aposento hasta el 5 de Octubre. Agravóse su dolencia, y duran-

te tres dias le acometió una violenta calentura; pero el 8 se encontró mucho mejor. El 9 uno de sus misioneros, el P. Juan Bautista Fracaro, también enfermo hacia algun tiempo, entregó su alma á Dios; y al dia siguiente el Ilmo. Comboni, no escuchando más que á su corazon, fué arrastrando con gran trabajo hasta la residencia de las Religiosas, vivamente afligidas por la muerte del misionero, con objeto de consolarlas. El á su vez debía morir al cabo de algunas horas.

«Al volver de esta paternal visita tuvo que meterse en cama por vez primera, pues efectivamente hasta entonces el heróico Prelado había resistido en pié, por decirlo así, todos los asaltos de la enfermedad. A las diez de la mañana la fiebre hizo alarmantes progresos.

«El Ilmo. Comboni había estudiado muchas veces los sín-



INDOSTAN.—Cazador de tigres. (Pág. 22).